

# MI VIDA COMO AUTODEFENSA Y MI PARTICIPACIÓN COMO MIEMBRO DEL BN Y DEL BNA

---

Mi levantamiento político en armas, como ven, no fue un acto deliberado ni creado por fuerzas diferentes a mi razón, a mi convicción y a mi sentir. Fue la lógica respuesta a una necesidad de legítima defensa de la vida, de las libertades, de la soberanía, de mi identidad política como soñador de provincia que me resistía a seguir siendo un humillado financiador, un espectador más de las imposiciones que traían consigo peligros nacionales, amenazas colectivas, muertes individuales y victimización de una sociedad.

No quería seguir siendo más uno de los responsables, como muchos ya lo éramos por miedo, indiferencia u omisión, del mayor genocidio que se podría realizar en el departamento del Cesar contra las mayorías sociales, que nos resistíamos a la opresión y nos resistíamos a la ocupación.

Mi compromiso con Luis, a partir de ese 4 de julio de 1995, sería ayudarlo a crecer la incipiente organización con la que las autodefensas habían hecho su arribo a Valledupar. Él hablaba de 20 hombres que yo jamás vi, pues uno de los puntos que dejamos claros era que mi

comunicación sería única y exclusivamente con él. Esa condición la puse yo porque, como entenderán, las desconfianzas eran grandes y el temor que tenía consistía en que las guerrillas fueran a saber de algún tipo de involucramiento que tuviera con grupos de autodefensas, antes de que éstas empezaran a recuperar el territorio. Me cuidaba porque pensaba que si yo moría en sus comienzos nadie tendría el valor civil de seguir con la motivación de la sociedad, y la organización de la resistencia.

Entre las partes, esta condición quedó muy clara. Mi papel, entonces, se limitó a facilitar las condiciones para el crecimiento. Siempre le dije que si los empresarios no podían volver a sus empresas sería muy difícil que aportaran recursos para la recuperación de las zonas, lo que hacía prioritario que empezaran a recuperar territorio urgentemente. Él me dijo que quien manejaba la guerra era él, y que el modelo ya estaba diseñado y había dado resultados en varias partes del país y que ésta no sería la excepción.

Explicó, para mi conocimiento, que si el desplazamiento de las gentes había provocado la ida hacia otras ciudades por temor a vivir allí, y si como le había expresado nos sentíamos secuestrados en nuestras propias casas, lo prioritario era empezar a atacar al enemigo en la misma ciudad, para facilitar la recuperación de la confianza entre nosotros, pues sólo así podría yo avanzar en la socialización del modelo

de defensa, que ya estaba presente y necesitaría de la colaboración de toda la sociedad.

Luis tenía mucha razón, ya que al quedar los campos abandonados, la guerrilla se había mudado para Valledupar y allí convivíamos. Él necesitaba de la información de todos para que le avisáramos de cada guerrillero que llegara a tocarnos la puerta, o el sitio a donde se nos citara por parte de la guerrilla, para él y sus hombres actuar. Éste sería el paso más difícil porque yo no me atrevía hablar con la mayoría de las personas que, sabía, entregaban plata a la guerrilla, por el grado de compromiso y el miedo que generaba que la guerrilla se diera cuenta de dónde salía la información.

Le dije que eso sería demorado mientras él mostraba resultados y la gente sintiera que sí se puede avanzar por medio de las autodefensas como fuerza de resistencia. Que me diera tiempo para empezar a convencer a las gentes pero, que si quería, podríamos empezar por mí, que yo sí le informaría cuando me abordara la guerrilla o cuando me citaran a algún sitio para hacerles un favor, que era normal en esa época, o cuando vinieran a buscar la cuota, pues para esa época todavía yo era contribuyente del impuesto de guerra de esos Estados en formación que implantaron las guerrillas.

Él me dijo que no había problema, que la guerra no la ganaríamos en un año, que lo importante era avanzar hacia la concienciación de la gente, pues en toda guerra quienes actuaban como fuerzas armadas necesitaban el apoyo de la sociedad, que sólo así la ganaríamos. Le dije: tienes razón, el Estado la perdió porque al abandonarla no supo mantener la solidaridad de la sociedad, y ésta ya no quiere nada con él. Me dijo que así era; que mientras que yo avanzaba, él avanzaría con la inteligencia que ya manejaba; que tenía a una gente conociendo la ciudad; que un amigo de él le había facilitado un hombre para ello y que intentaría quedarse con él; además, que ese mismo amigo había quedado en entregarle un guerrillero del ELN que conocía cómo se movía las milicias en Valledupar y otro en Codazzi, que lo que tenía era trabajo; que él arrancaría y que sólo hablaríamos para lo necesario, que yo echara para adelante que de él tendría noticias con frecuencia.

En el transcurso de julio y, con su llegada, hasta diciembre de ese mismo año empezaron a verse en Valledupar algunas acciones militares. Él me comentaba que si alguien me preguntaba si sabía sobre lo que estaba pasando, mi respuesta debía ser: esa es la respuesta de las autodefensas a la guerrilla.

Algunos de esos casos me sorprendían porque quienes resultaban dados de baja eran personas que se movían en los ámbitos políticos, económicos y

sociales de la región. La sorpresa me llevó a preguntarle sobre lo que estaba pasando, pues mi preocupación era no cometer errores por los que el día de mañana nos lamentáramos o fuéramos a ser rechazados por esa sociedad que estaba esperando que se apareciera alguien a defenderla. Me respondió que no me preocupara, que la información que utilizaba para desarrollar operaciones militares tenía una fuente de mucha credibilidad, a tal punto que mirara que esas acciones de guerra no causaban demasiado impacto entre las autoridades. Le insistí en la necesidad de estar muy seguro antes de actuar.

Los meses transcurrían y la verdad es que, para nuestras necesidades, el avance era muy lento. Valledupar seguía a merced del Frente 6 de diciembre y del Frente José Manuel Martínez Quiroz del ELN. Más que de las FARC, quienes actuaban principalmente en toda el área de la Serranía del Perijá y sus municipios.

Luis desaparecía por tiempos, siempre con la excusa de que él como comandante debía pasarle revista a otras áreas que estaban bajo su responsabilidad, lo cual hacía la respuesta más lenta que el ataque que seguíamos recibiendo. Mi desconocimiento en el tema de la guerra, que apenas empezaba a interesarme, me llevó muchas veces a pensar que sólo era que llegaran y ya quedaría todo solucionado. No entendía para entonces que diezmar la penetración y ocupación que

durante 10 años había hecho la guerrilla y quitarle ese posicionamiento que había consolidado durante todo ese tiempo no sería fácil ni rápido.

Yo seguía con mi misión de ganar adeptos para la causa, pero la respuesta era tan lenta que muchos no creían que eran las autodefensas las que estaban detrás de lo que estaba ocurriendo; siempre decían que si las autodefensas estuvieran en Valledupar, como yo decía, con la cantidad de guerrilla que circulaba por la ciudad como Pedro por su casa los muertos serían diarios.

Me di cuenta de que si Luis y su gente no apretaban sería imposible conseguir el acompañamiento decidido de las mayorías; pero esto, a la vez, me sirvió para decirles que cómo querían que avanzaran más si a nosotros el miedo nos tenía tan dominados que no queríamos ni siquiera dar la información de dónde, cuándo y con quién teníamos las citas o los encuentros con los guerrilleros.

Eso los puso a pensar y me dijeron que cómo hacían para pasar esa información, porque el temor era que si los cogían en sus casa o en sus oficinas o en algún sitio donde ellos estuvieran reunidos, probablemente los matarían. El temor a la muerte seguía tan presente en nuestro diario vivir que no nos dejaba tomar una decisión que nos permitiera avanzar en la solución de este gran problema.

El temor se centraba básicamente en la respuesta que la guerrilla daría si se llegare a dar cuenta de que alguno de nosotros era informante, debido a que cada vez que alguien visitaba a alguna persona, siempre hablaban de que alguien más de la organización subversiva sabía de esa reunión.

Les pedí el favor de que me utilizaran a mí, que cualquier información me la pasaran, que yo me encargaría de dársela a quienes tendrían que actuar; muchos quedaron en empezar a pasar información, pero siempre con la petición: que cuidado frente al peligro de que se filtrara algo.

Yo les insistía mucho en que ya era hora de tomar decisiones claras: o con Dios o con el diablo; pero que no podíamos seguir posicionándonos tanto con los unos como con los otros porque terminaríamos mal; que ya era hora de pasar los recursos del impuesto de la revolución que le pagamos a esos nuevos Estados, inclusive, yo iba más allá, les decía que hasta los impuesto que le seguíamos pagando al Estado ausente deberíamos pagárselo a las autodefensas, para que pudieran implementar la fuerza con la velocidad necesaria y con la cantidad requerida de tropas, porque sin finanzas sería imposible avanzar tan rápido como exigían las circunstancias y la sociedad.

Yo tendría que ser el primero en tomar esa decisión y así fue como sucedió, en febrero de 1996, cuando tenía que entregar la cuota correspondiente –que hasta ese momento seguía pagando, porque la idea, según Luis, era continuar generando la confianza necesaria con ellos, de tal manera que siguieran confiando en mí y así yo podría irselos entregando de a uno cuando me requirieran-.

En febrero, la cita era para el 16, normalmente entregaba la cuota en una de las finca de la familia, muy cerca de Valledupar, y a esa cita siempre llegaban máximo 3 guerrilleros de civil, porque estaba muy cerca al Batallón La Popa. Con anterioridad habíamos cuadrado la situación con Luis, pues ya mi decisión era que sería la última vez que yo le diera un peso a la guerrilla, pues no seguiría patrocinando más esa tragedia. A partir de ese momento, lo que le entregaba a la guerrilla se lo entregaría a las autodefensas para su crecimiento y expansión.

Ese 16 de febrero le entregué a Luis a los dos guerrilleros del Frente 6 de diciembre del ELN, que ese día llegaron por la cuota. Habíamos acordado que esperarían afuera de la finca pues no sabíamos, si como en otras ocasiones, ellos me pedirían el favor de acercarlos a Valledupar o acercarlos a La Mesa, corregimiento de Valledupar, que era como su centro de operaciones. Ellos, dependiendo del camino, me



abordarían y capturarían a los guerrilleros que estuvieran conmigo.

Para ese día, Luis me entregó a un hombre de él, que era la primera vez que veía, inclusive sería la primera vez que yo andaría con un miembro de las autodefensas. Esto que me puso nervioso, pues no sabía cómo actuaría cuando se me presentaran los guerrilleros. Saber que me estaba acompañando un hombre de las autodefensas me ponía nervioso, pues quien no esté acostumbrado a manejar esa situación es muy normal que el temor lo arroje. Quedamos en que si surgía alguna pregunta sobre él dijera que era un conductor nuevo, que a partir del momento había contratado, que lo traía para que lo conocieran, por si en algún momento necesitaban un favor con el carro ya no vendría yo sino que enviaría al conductor.

La pregunta surgió y a ellos les pareció normal la explicación, pues tenían tanta confianza y se sentían tan amigos que nunca dudaron de lo que yo les decía, así yo me sintiera delatado por mis propios nervios.

Hablamos un rato en la finca, ellos llegaron y se acomodaban en la casa; allí mientras hablábamos nos tomamos una gaseosa. Les entregué la plata y, al igual que otras veces, me pidieron el favor de acercarlos a Valledupar pues tenían que hacer unas compras.

Cuando era esa la ruta, se bajaban antes de llegar al batallón para coger la vía que los sacaba al barrio Divino Niño que era un fortín de ellos en esa época; o a La Nevada que era el otro barrio que dominaban ellos; o también se bajaban antes del Colegio Militar y salían por el barrio La Victoria donde tenían cierta influencia. Coincidentalmente estos barrios rodeaban al Batallón del ejército. No me explico por qué no les gustaba pasar por el frente de la entrada del Batallón si allí no paraban a nadie. Pero, específicamente esta vez era porque en sus mochilas portaban una pistola y un revólver 38, como después me explicó Luis.

El Negro le avisó a Luis por teléfono que salíamos hacia Valledupar. Esto con el fin de que se ubicaran porque en el plan que habían diseñado nos encontraríamos en la vía y yo pararía al ver el carro y me bajaría a saludar a un amigo ganadero. En ese momento, tanto El Negro como los hombres que venían con Luis, agarrarían a los guerrilleros.

Ellos venían en una camioneta Hilux verde, que yo les había conseguido en el mercado negro (comprada al grupo de John Cerchar). Esa era una de las actividades ilícitas que para ese tiempo eran normales en Valledupar, pues desde que la trajo a nuestra región una familia guajira, se había vuelto una actividad comercial normal en la región que se hacía a plena luz del día y en sitios que eran de conocimiento

de todos. El mercado de auto partes y carros ilegales era normal en mi Valledupar.

Así se hizo. Salimos hacia Valledupar, en inmediaciones de la vía que conduce hacia Cominos de Tamacal, vi la camioneta verde que venía y les dije a El Flaco y a Giovanni, que eran los dos guerrilleros que venían conmigo en la cabina, que tendría que parar a saludar un amigo ganadero, entre otras cosas, para presentárselos y que le podían pedir una colaboración, que yo consideraba que con gusto se las daría, porque él era un ganadero de Codazzi.

Aceptaron sin ninguna objeción, por lo que procedí a detener el carro. Pité y Luis frenó al lado; venía con 4 hombres más, yo me bajé muy nervioso, era la primera operación militar en la que estaría presente, y sin darme cuenta ya los hombres de Luis tenían encañonados al Flaco y a Giovanni. Ellos estaban más nerviosos y desconcertados que yo.

Me llamaban preguntándome lo qué pasaba, que ellos eran mis amigos; les dije que jamás lo habían sido y que ellos no volverían a quitarle un peso a más nadie. Que estaban en manos de las autodefensas quienes habían llegado a ayudarnos a acabar con sus imposiciones. Ellos dijeron: ¡ah! con que sí eras paramilitar, yo les respondí: Autodefensa. Ellos me dijeron traidor y luego callaron, ya en ese momento los habían acabado de maniatar.

Luis me dijo: gracias así se hace, me los llevo porque tendré que hablar con ellos para verificar una información que tengo. Nos vemos otro día, burlonamente me dijo: vaya y relájese que está asustado. En mi susto le dije: Luis, cuidado se te van a volar porque el que se jode soy yo. Se rio, arrancó rumbo hacia Valledupar y yo nunca más volví a darle un peso a la guerrilla.

Con esa primera experiencia en la guerra irregular, y de que Luis me contara del aporte que, en armas y en recursos, habíamos hecho para la causa, el Frente 6 de diciembre y yo, pensó que me tranquilizaría diciéndome que no me preocupara, que uno no volvería a molestarme nunca más -a buen entendedor pocas palabras-, pero le pregunté: ¿y el otro? Me dijo, está conmigo porque con él realizaré unas operaciones, puesto que tiene mucha información.

Ahí, ¿quién dijo miedo? Mi temor estaba en que no entendía cómo haría operaciones con un guerrillero recién capturado. Esa parte nunca la había entendido, pues anteriormente tampoco entendí cuando me contó del amigo que le entregaría dos guerrilleros. No entendí y seguía sin entender. Pero mi temor era que los llevaran a una emboscada o que los terminaran delatando y de paso a mí también.

Luis me dijo que había corroborado una información importantísima y que empezaría a operar con él, pues conocía los objetivos y los sitios de ubicación. Me preguntó si tenía una casa disponible en Valledupar. Le dije que no, pero quedé en que trataría de hallarla y él me dijo que la necesitaba para reubicar a la familia del El Flaco, que era el guerrillero que seguía con él. Tampoco entendí pero le dije que si era muy urgente vería como ayudarlo. Me contestó que ya le estaban ayudando por otro lado, que tomaría lo primero que reventara. Allí comprendí que, además de mi colaboración, Luis tenía otra u otras personas que le colaboraban, pero había aprendido la lección de no preguntar por lo que no me contaban.

A los pocos días nos volvimos a ver personalmente y me contó que ya tenía ubicada a la familia, que el guerrillero le estaba saliendo fino; le pregunté ¿cómo así? y me dijo: está entregando mucha información, ubicación y operando con nosotros. Le dije, sin embargo, que tuviera mucho cuidado, que “puerco rosero no pierde el vicio”. Me dijo: tranquilo hombre, no hay forma de que un guerrillero cuando se sale o se le captura y se le da una oportunidad de vida vuelva a la guerrilla; son dos mundos diferentes: acá se le permite que haga su vida de familia, allá nada; acá se le permite ser libre, allá no; y empezó a hacerme unas comparaciones que me sirvieron para entender más a las autodefensas.

Para, más o menos, abril del mismo año 96 me llamó Luis a decirme que estaba donde su jefe; que habría cambios; que, según las nuevas órdenes a él lo trasladarían de zona; que para cualquier cosa él me enviaría su nuevo número con El Negro; que el comandante que llegaba ya tenía las explicaciones del caso. Es decir, cómo se manejaba las cosas y los compromisos hechos conmigo en cuanto a la prudencia. Que me deseaba suerte y esperaba que nos volviéramos a ver en cualquier momento; que trataría de venir al Festival y así aprovecharíamos para conversar.

Para mí eso fue como un baldado de agua fría pues ya había cierta confianza con Luis y, ahora, era como comenzar de nuevo. Pero esto se me salía de las manos y mi interés era que el incipiente movimiento de autodefensas que se empezaba a organizar en mi región no fracasara, independiente del comandante que estuviera al frente. Le di las gracias a nombre de los cesarenses, le extendí la invitación para el Festival pidiéndole el favor de que la presentación del nuevo comandante fuera lo más rápido posible, ya que mi intención era echar para adelante con la causa de la resistencia.

Estando en pleno Festival recibí una llamada del Negro, en la que me informaba que estaba cerca de Valledupar y que si podía irme a reunir con él en Bosconia, porque llegaría con el nuevo jefe. Le dije:

claro, ¿cuándo? Él me dijo, usted está en fiesta; le dije, no me importa, solo díganme cuándo. Él me dijo mañana y yo le contesté: cuente con eso. ¿Dónde nos vemos?, me dijo a las 10 de la mañana lo llamo, estando en el sitio. Le dije: bien, a las 10 estoy esperando la llamada en Bosconia.

La llamada se hizo a las 12 del día, lo que me había hecho pensar que la reunión se había cancelado, como ocurrió con Luis varias veces. La diferencia era que Luis avisaba. Pensé en ese momento que el nuevo comandante tenía un estilo diferente, que también es normal en las personas, pero en la llamada me decían que me llegara al Hotel Palma de Mallorca y que entrara al restaurante y me sentara. Le pregunté al Negro que si él estaría allí, me dijo que no me preocupara, que llegara allí, que si no estaba, no se demoraría en llegar.

Así fue, al llegar me tocó esperar como 10 minutos. Cuando llegó el Negro me dijo que esperáramos, que el jefe no tardaría. Le pregunté que cuál era el misterio, se echó a reír y me dijo: tranquilo que ya viene.

Fue cuando conocí al comandante Jimmy, de un trato muy diferente a su antecesor; muy enérgico al hablar, parecía un militar hablándole a su tropa. Yo le dije: un momento, ubiquémonos, por si a usted Luis no le explicó. Yo no estoy bajo su mando, sólo soy la

persona que ha estado colaborándole a las autodefensas para avanzar en mi región, haciendo hasta lo imposible para que la guerrilla no haga más daño del que ya ha hecho. Yo no hago parte de la estructura militar; si usted tiene dudas pregúnteme, pero yo no recibo órdenes de nadie, como tampoco le doy órdenes a nadie. Mi función es de apoyo simplemente. Lo noté muy molesto con Luis; yo miraba al Negro tratando de entender. Él no decía nada.

El comandante bajó su tono de sargento o teniente recién ascendido y me pidió el favor de llevarlo a visitar las tropas. Le dije que no sabía de qué me hablaba y que esa información, de pronto, se la podía dar el Negro que fue a quien conocí con Luis.

El Negro le informó que cuando a Luis lo llamaron para que entregara la zona, le había ordenado a la gente de Valledupar que regresara a la zona de Pailitas. En ese momento les dije: o sea que ¿las armas que compraron con mis aportes no se usarán para la zona acordada con Luis sino para el centro del Departamento? En ese momento Jimmy me interrumpió diciéndome: mire Rodrigo, dejemos una cosa clara, Luis era Luis, ahora estoy yo y seré yo quien defina cómo serán las cosas de acuerdo a las órdenes que he recibido.

Le dije que estaba de acuerdo, que él era el comandante y yo un simple colaborador, para que



también dejáramos las cosas claras; pero que me parecía injusto que no regresaran las armas por lo menos a la zona, pues ellas no eran de las autodefensas sino que se habían comprado para defender otra parte de la sociedad cesareña, que no habría ningún problema mientras fueran para defender al Cesar, pero que solicitaba una reunión con su jefe para explicarles los acuerdos con Luis, por si él no sabía cómo habían sido. Me respondió que él le hablaría a su jefe para que autorizara la reunión, y que pasaría revista a las tropas que recibiría, para poder tomar una determinación.

Le pregunté que si antes de hablar conmigo él no había visto a sus tropas, me respondió que venía llegando de Córdoba y quiso hablar primero conmigo, en el camino, antes de llegar a Pailitas. Que después de hacer eso volvería a citarme y que si tenía respuesta de su jefe me avisaría. En ese momento como ya no era Luis, y otra respuesta en tono brusco de este nuevo comandante no significaría nada nuevo, le volví a preguntar: ¿su jefe es Fidel Castaño? Se quedó mirándome y se rio. Me dijo ¿le gustaría conocerlo enseguida? Yo le dije, claro. Me respondió: a mí también. Entendí que de ese tema no se podía hablar más.

No me permitió hablar aparte con el Negro, pues ellos querían salir del hotel antes de que lo hiciera yo. Me dijo que pronto me llamaría por medio del Negro. Nos

despedimos y me devolví hacia mi Valle. En el camino no hacía sino pensar en que ojalá el proceso con este nuevo comandante, que no me había gustado para nada, no se fuera a paralizar; la verdad en ese momento pensé que la esperanza se perdía de nuevo.

A los diez días me llamó el Negro y me dijo que su jefe quería volver a hablar conmigo. Le dije: con gusto. ¿Esta vez dónde? Me dijo: en Codazzi. Contesté: listo, ¿en qué sitio? Me dijo, igual esté mañana allá a eso de las 10 y lo llamo. Le dije, no hay problema. La llamada no fue necesaria, al llegar a Codazzi me fui para un restaurante de comida criolla muy conocido en esa tierra, su dueña Elena, era la anfitriona y todo el mundo salía de allí muy satisfecho, tanto por la atención como por la calidad y cantidad de la comida, y allí estaban el Negro y el comandante Jimmy, es decir, si querían hacerme inteligencia para ver si llegaba solo o acompañado, como pensé que era lo que habían hecho en Bosconia, no les dio tiempo pues llegué al mismo sitio desde donde ellos me llamarían a darme el sitio de la reunión lo que forzó a que ella se realizara allí mismo.

En esta reunión el comandante fue menos militar en su estilo, creo que ya estaba ubicado en el punto real del entorno. Pienso que había hablado o con su jefe o con Luis pero no era mi intención averiguarlo. Me dijo que su jefe, por encontrarse en una zona demasiado retirada y de difícil acceso, por ahora no podía

recibirme, que cualquier cosa él estaba en condiciones de aclararme las dudas y que su jefe en algún momento lo llamaba y me recibiría.

Le pedí que me saludara a su jefe cuando hablara con él y que, con gusto, cuando lo estimara conveniente yo lo visitaría donde me dijera; que lo importante era aclarar las cosas porque lo fundamental era que el proyecto continuara y avanzara, porque hasta el momento era muy poco lo que se había logrado y la confianza de la gente todavía no era la deseada para que el proyecto recibiera un respaldo general.

Me informó que él había tomado la determinación de operar con un grupo móvil que estaría operando entre Codazzi y Valledupar, mientras podía organizar bien los grupos de choque porque eran muy pequeños para enviarlos a la zona rural, pues serían blanco muy fácil de las guerrillas. Que él ya tenía bien clara la situación en relación con el enemigo, y por eso tomó la decisión de operar con este grupo móvil.

Le pregunté por las armas de la zona de Valledupar que, entre otras, yo no sabía cuántas eran; pues las únicas que había visto eran 4 fusiles, el día que Luis capturó al Flaco y compañía. Me dijo que recibió de la zona 5 fusiles AK-47, un Bluckmaster R-15, 5 pistolas 9 milímetros y un revólver 38, que se los entregaría al grupo móvil. Dije: yo pensaba que teníamos más armas, pero, comandante, lo importante es que están

allí, y que usted va a continuar el proyecto. Le expresé que cuando lo considerara estaba para colaborar. Esa era mi única intención.

Le pregunté que si sabía algo de un ex guerrillero que le decían el Flaco, me dijo que sí, que lo enviaría con ese grupo móvil; que él conocía cómo se había capturado; que no me preocupara que según su gente era una persona en la que ya se confiaba, a tal punto que ya le habían movido su familia de Valledupar para Pailitas. Le agradecí habérmelo contado. Yo seguía con mis temores, más ahora que sentía que con el nuevo comandante no había empatía.

Él quedó en que cuando estuviera por Valledupar me llamaría para reunirnos, que no me preocupara que él era de pocos pasos pero firmes, que después me daría cuenta de su efectividad.

Yo no volví a conversar personalmente con este comandante, después de esta reunión; sólo hubo un par de llamadas telefónicas, más para pedirme apoyo económico que otra cosa. Solía escuchar algunas noticias sobre acciones en el Departamento que, presuponía, podían ser de sus hombres, porque los métodos eran los mismos: motos, o carros, pistolas o revólveres, hombres enfusilados; en fin, como dije anteriormente más eran noticias, que los comentarios que él me hiciera. No hubo empatía entre ambos.

Durante los meses siguientes no volví a verlo. Como a finales del mes de agosto de ese mismo año, recibí una llamada de él. Yo me encontraba en una finca en el corregimiento de Mariangola donde tenía sembradas 140 hectáreas de arroz y me encontraba en plena recolección de cosecha y, a la vez, siembra para el segundo semestre. Me pidió el favor de que si nos podíamos ver urgente, que él estaba en Valledupar. Le dije que no podía, pues estaba en la finca y en plena recolección y, como tenía problemas con la combinada tenía que solucionarlo porque el tiempo estaba metido en lluvias.

Le dije que estaba esperando que desmontaran una pieza de la máquina y que, con gusto, cuando llegara con la pieza lo llamaba para que nos viéramos. Me dijo que cuándo sería eso, le dije que cuando bajara la pieza; que consideraba que yo podría estar llegando antes de 4 de la tarde, pues mi afán era que alcanzaran arreglar la pieza para que en la mañana la máquina estuviera lista para trabajar. Me dijo que, por favor, apenas llegara lo llamara y en eso quedamos.

No entendía la amabilidad con que el comandante me trataba en esta oportunidad. Llegué a Valledupar como a las 6 de la tarde, después de dejar la pieza en el taller. Lo llamé y me citó en un hotel en la ciudad; le dije que no podía pues no me encontraba bien para llegar allá, pues venía con la ropa sucia y no estaba presentado para llegar a uno de los hoteles más

importantes de la ciudad. Le pedí que nos viéramos en otro sitio, a lo que me respondió que no podía pues estaba en una reunión y le era imposible salir, que cuando se desocupara me llamaría. Así lo hizo, pero ya como a las 9 de la noche. Le dije que ya estaba acostado y que al día siguiente madrugaría para llevar la pieza, pero, que si quería, estaría como a las 10 de la mañana, y con gusto me reuniría con él.

Me pidió llegar hasta el hotel que me dijo el día anterior, le dije que no habría problema. Me dijo que llegara al tercer piso, me dio un número de habitación y así lo hice. Cuando llegué a la puerta de la habitación, me extrañó ver como a 10 personas afuera, todas armadas. Se me acercaron y me dijeron que a la orden; les dije que me habían citado a esa habitación; me preguntaron que si estaba armado, les dije que sí. Me dijeron que tenía que entregarles el arma, les pregunté qué si ellos eran de la autoridad, se echaron a reír y me contestaron que no, pero que tenía que dejarles el arma a ellos. Les pedí el favor de que avisaran adentro de la habitación, que Rodrigo había llegado a la cita y que no entregaría el arma. Uno de ellos entró y al poco tiempo salió y me dijo: siga.

Entré y allí estaba el comandante Jimmy. Lo saludé y me presentó a una persona quien me dijo: mucho gusto, Salvatore Mancuso. Me le presenté, para mí ese nombre era desconocido. Jimmy me dijo: usted quería conocer a alguien de los Castaño, ahí lo tiene.

No entendía, pero estaba presto a escuchar. Ya Salvatore se presentaba como la mano derecha de Carlos Castaño, a quien había escuchado por una entrevista que había dado a una revista, no me acuerdo si era Cromos. Me dijo que era la persona encargada de las autodefensas para la costa norte, y que el señor Jorge Gnecco le había hablado de mí.

Le pregunté: ¿en qué sentido? y me contestó que le dijo que yo podría ser una de las personas con las que se podía hablar sobre el tema, pues mis relaciones servirían de mucho. Además, que era de las pocas personas que hablaban del tema de frente en las reuniones; que él tenía conocimientos de que yo andaba ya en algo, por eso su interés de conocerme y hablar conmigo.

Le pregunté que cómo estaba yo seguro de que él era quien decía ser. En ese momento el comandante Jimmy, a quien sí conocía yo como comandante, me dijo: usted primero quería conocer a alguien y ahora no cree. ¿Quién lo entiende?

Mis dudas eran lógicas. Esta persona tenía más aspecto de empresario que de comandante, inclusive, su lenguaje era muy diferente al de Luis y al de Jimmy que eran los que yo había conocido. Él pidió que Jimmy se retirara, pues tenía que irse para una reunión, y me quedé conversando con el empresario, porque todavía no creía que fuera comandante. Me

despedí de Jimmy y me quedé para escuchar de qué se trataba esta reunión.

Él me pidió que le contara cómo iba el proceso de autodefensas en el Cesar, cuánta gente tenía yo y cómo iba. Yo le dije que no sabía qué información tenía él, pero que yo pensaba que estaba mal informado; primero, porque yo no tenía gente; que el que le podía explicar bien eso era Jimmy, pues mi única participación había sido en colaborarles económicamente y facilitarles algunas logísticas para su funcionamiento; que había sido un abanderado de la opción de la legítima defensa ante el abandono del Estado y la opresión a la que nos tenía sometida la guerrilla. Que mi posición siempre había sido dentro de la institucionalidad, pero que ante la claudicación no había otra salida. Que, en mi región, era un motivador del tema y le conté lo que había hablado con los comandantes Luis y Jimmy.

Ahí le quedó clara mi participación. Luego, me contó que había venido a cumplir una orden del comandante Castaño, que habían venido por una hermana de Simón Trinidad. Le dije ¿cómo así? Él me dio el nombre y me dijo que ya estaba todo listo; que sería la presentación de las autodefensas en el Cesar. Le dije que esa era una persona que no tenía nada que ver con lo de su hermano, muy querida por todos en nuestra tierra, al igual que sus otros hermanos y su



padre, que me parecía que deberían replantear el asunto porque eso no caería bien en Valledupar.

Él me dijo: no lo crea así, es hora de que los guerrilleros sientan en carne propia el dolor que causa el secuestro. Además, ya es una orden del comandante Castaño y las órdenes son para cumplirlas. Me dijo, inclusive mandó al comandante H2, que es uno de los hombres de confianza, que utiliza el comandante Castaño para operaciones especiales y me explicó que se encontraba afuera de la habitación. Le pregunté que si habían calculado la respuesta que daría Simón a ese hecho y me contestó que para eso habían llegado ellos al Cesar, para responderle a la guerrilla con los mismos métodos con que ellos atacaban a la sociedad.

Me dijo que le gustaría contar conmigo para lo que llegare a necesitar. Yo le dije: cuente con ello, menos para lo que van a hacer con Leonor. No porque no quiera que Simón sienta lo que le ha hecho sentir a muchas familias cesarenses, sino por la calidad de persona que es ella, y el resto de su familia, que nada tiene que ver con lo que ha hecho Ricardo. Además, en ese momento, yo sentía mucho miedo por estar metido en algo en contra de Simón. Pero le dije: cuente conmigo para lo que usted crea que puedo servir, si de verdad se trata de que el proceso de resistencia, por medio de las autodefensas, por fin coja

un camino donde de verdad se sienta el alivio, porque hasta el momento ha sido como se lo conté.

Y agregué: mire que los que llegaron no avanzan mucho y las cosas siguen igual. Me respondió: ya verán los cesarenses cómo van a cambiar las cosas; le dije: ojalá. Me contestó que dependería también de que todos colaboráramos. Le expliqué cómo eran las cosas acá, nuestros temores, nuestra incredulidad, nuestra misma cultura. Me contó cómo había sido el proceso en Córdoba y los que él traía en Sucre y Bolívar y cómo sin el apoyo de la gente sería un imposible.

Le dije que el apoyo decidido de la gente sólo se lograría el día en que la gente supiera que el enemigo sí era derrotable y que viera que las autodefensas avanzaban en la guerra. Me dijo que la gente se sumaba más cuando el proceso avanzaba; que en sus inicios eso era normal en una sociedad que estaba amedrentada por las acciones de la guerrilla y el abandono del Estado.

Para ese momento ya el empresario hablaba como comandante, conocedor de la situación que vivía el país, inclusive me extrañó que tuviera conocimientos con relación a los frentes guerrilleros que operaban en el departamento del Cesar y su ubicación en las zonas más complicadas, es decir, tenía muy claro lo que ocurría en mi Departamento. Eso terminó de

convencerme de que sí estaba hablando ya con alguien de alto nivel, de las autodefensas de los Castaño.

Quise preguntarle por qué hablaba de Carlos y no de Fidel, que era el conocido, pero preferí guardar prudencia pues todavía no lo terminaba de conocer y querer saber todo en la primera reunión no siempre es bueno. Además, ya para mis adentros pensaba: con este hombre sí parece que llegará nuestra solución, porque hablaba no solo con propiedad sino con seriedad. Me dijo que conocía algunos ganaderos de la región, debido a las ferias ganaderas de Montería.

Le pregunté también por algunos amigos míos de allá, que había conocido en mi época de estudios en Bogotá. Me dijo que yo conocía pura gente ronera, que los conocía a todos; me contó que él era un hombre muy disciplinado, que no tomaba ni le gustaba las fiestas, y en ese momento empezamos hablar de todo un poco, como buscando conocernos más y generar confianza.

Me invitó a que lo acompañara para que le indicara dónde quedaba una dirección a la que tenía que ir. Le dije que con mucho gusto y resultó ser un hotel. Antes de llegar hizo una llamada a una persona que llamó Baltasar, le dijo que ya estaba llegando al sitio, que lo esperara en la puerta y, efectivamente, cuando

llegamos estaban como 5 hombres diferentes a los que él cargaba, que eran como 10.

Él se bajó, habló con los 5 que lo esperaban y volvió al carro. Ya era hora de almuerzo. Lo invité a almorzar. Me dijo que lo hiciéramos en el hotel porque estaba esperando una reunión que tenía con Jorge Gnecco y que le gustaría que lo acompañara en ella. Le dije: yo no lo conozco personalmente, sé quién es, pero si él sabe de mí no hay problema. Le pedí el favor de que si en ella iban a hablar de algún tema militar no me gustaría estar oyendo. Me dijo que simplemente lo quería saludar y que él supiera que ya estaba en Valledupar; según el comandante Mancuso, este señor era el encargado de conseguir las finanzas para la guerra.

Como a las 3 de la tarde, el comandante Mancuso me dijo que él viajaría y en la próxima venida le gustaría conversar más tiempo conmigo. Le dije: no hay problema, éste es mi número, cuando lo considere allí estaré o le llegaré donde me cite. Nos despedimos, y al día siguiente, bien temprano, se supo del secuestro de Leonor.

Sentí remordimiento y sentimiento de culpa, pues pude haber avisado, pero pensé que el comandante Mancuso, sin conocerme, me había comentado con dos finalidades: o era mentira y quería impresionarme, porque atacar el corazón de Simón en ese momento

era impensable, o para probarme, y si se filtraba, él sabría quién fue. Entonces, me imaginaba que me descartaría de alguna manera.

De allí en adelante empezaría, ante todo, una amistad que se cultivó en el tiempo. Cuando volvió por la región me citó en una finca del señor Gnecco, en el río Ariguaní. Allí nos encontramos y me preguntó que si lo podía guiar a Fundación, le dije que con mucho gusto. Sorprendido, le pregunté que si se iba a meter en la boca de la guerrilla - para entonces esa zona era de lo más fuerte en subversión- se echó a reír y me dijo que él había llegado era a pelear, no a perder el tiempo.

Cada vez me agradaba más su convicción de luchador por la libertad. Hablamos del sentir de la gente de mi tierra en relación con la retención de Leonor, y le di también mi punto de vista. Me dijo: los vallenatos pueden estar seguro de que a ella no le pasará nada y de que en cualquier momento la regresamos. Le pregunté que si podía llevarle ese mensaje a su familia, él se echó a reír. Le pregunté qué pasaba, me dijo que cómo se me ocurría, que la familia me preguntaría cómo era que yo sabía. Caí en la cuenta de que mi afán por darles una noticia que les calmara su preocupación me impidió pensar en las consecuencias de mis deseos.

Me dijo: no te preocupes que el comandante Castaño está encargado de eso y es quien habla con las

familias de todos los retenidos, familiares de la guerrilla. Pues me explicó que eran varios los que estaban ya en poder de Carlos, porque fue una orden nacional.

En el camino le entró una llamada, él saludó a la persona como Mago. Al colgar me dice:, antes de Fundación tenemos que coger una entrada hacia Monte Rubio, en esa entrada me están esperando. Le dije, no hay problema; yo sé dónde queda pero estamos en la boca del lobo. No se preocupe, dijo y, efectivamente, en la entrada estaba un muchacho que parecía un campesino de la región; hizo señal de parada y el comandante paró, bajó el vidrio y el campesino se le presentó como un subalterno a su superior. Me di cuenta de que ese campesino era uno de ellos. Sacó un radio que ocultaba debajo de su camisa, al igual que su arma, y reportó nuestra llegada. Por el radio le ordenaron que nos guiara al sitio.

Llegamos a una finca que estaba pasando la vía férrea, y allí estaban unos hombres uniformados con prendas de uso privativo del ejército y de la policía, todos portaban fusil; al llegar, y el comandante bajarse del carro, volví a ver Baltasar, el del hotel de Valledupar, quien se le presentó dándole parte de novedades. Entendí que aquel Baltasar era también comandante. Después de recibir el parte, Mancuso lo

saludo como Mago, es decir, Baltasar y el Mago eran el mismo, según mis conclusiones hasta entonces.

Con un grito ordenó formar y empezaron a salir por todos lados hombres armados, formando como para una revista. Allí Mancuso recibió el parte del personal y comenzó a hablarles. Yo me encontraba emocionado de oírlo, pues el mensaje que más quedó en mi mente era el compromiso, con la costa y con Colombia, de liberar al pueblo de la opresión. Es decir, lo oía expresar lo que yo pensaba: entregar la vida, si fuere necesario, para salvarle la vida a las mayorías sociales; resistir al modelo de Estado que nos estaban implantando, pero que en Córdoba ya estaba siendo derrotado; el compromiso de no claudicar como lo había hecho el Estado de derecho. Fue ahí donde, por primera vez, sentí el deseo de estar uniformado y filado en esa formación, al lado de quienes en esos momentos catalogué como unos patriotas.

Las emociones que me produjeron las palabras del comandante Mancuso ocultaron los temores con que hasta ese momento había permanecido. Consideré que era porque, por primera vez, no sólo veía sino que escuchaba a un comandante hablándole a su tropa con tanta fuerza ideológica y con tanta convicción.

A los otros comandantes que conocí nunca los oí hablar de esa manera. En ese momento terminé de

convencerme de que éste sí era un verdadero comandante.

Pero nunca la dicha es larga. Muy rápidamente conté la cantidad de hombres que había, incluyendo al comandante, eran 24 en total. Allí retornó el susto; sin embargo, en un principio pensé que los demás estarían patrullando y que éstos serían la seguridad del comandante Baltasar.

Yo seguía intentado socializar con esos hombres. En esos momentos el comandante Mancuso había ordenado la retirada de las tropas y él se había apartado con el comandante Baltasar y 4 hombres más para hablar, sentados en el corredor de una casa, donde se veía que ellos estaban acampamentados.

Las tropas evadían cualquier tipo de conversación conmigo. Solamente se limitaban a contestarme el saludo de cómo están o buenos días. Pero sí los veía caminando hacia donde estaban los de la seguridad del comandante Mancuso, quienes habían asumido la seguridad del sitio, por orden suya.

Mientras pasaban la revista a las tropas, ellos también portaban fusiles amparados por la Convivir del comandante, y al parecer eran conocidos porque entre ellos se veía la familiaridad. Todos eran muy jóvenes, me impresionó eso. Almorzamos y allí recordé mi tiempo en el ejército, pues ellos mismos



cocinaban. Lo que se llamaba rancharo, acá era igual; el orden cerrado, era igual; el respeto y la reverencia hacia los mandos superiores, era igual; igual, había centinelas; en fin, era una tropa irregular con comportamientos copiados de la regularidad.

Otra cosa que me impresionó fue que sus uniformes estaban muy deteriorados. Todo lo analizaba mientras se terminaba la reunión de los comandantes, acumulando preguntas para despejarlas en cualquier momento. Ese día fue muy importante para mí porque empecé a sentir que yo quería hacer parte de esa organización, ya no como colaborador sino como miembro.

En esos momentos escucho gritar a uno de los comandantes que estaban en la reunión, llamando a dos combatientes por los nombres de Maycol y el Flaco. Me preocupé pues pensaba que volvería a ver al Flaco guerrillero que había capturado Luis, pero cuando los vi corriendo rumbo al sitio donde los llamaban, me di cuenta de que era otro Flaco. Me pregunté ¿cuántos flacos más habrá en la guerra? Pues muchos, porque esa era una característica de los hombres que veía allí.

En lo que sí se parecía al otro Flaco era en que éste también había sido guerrillero del Frente 6 de diciembre del ELN, al igual que Maycol. Esto lo supe porque oí a dos combatientes que uno le dijo al otro: el

comandante Mancuso nos mandará a combatir con estos dos guerillos; y el otro le respondió: a eso fue a lo que vinimos (**humanizar la guerra**).

Cuando terminaron la reunión volvieron a hacer formar al personal. El comandante les volvió a hablar, en esta oportunidad los motivó mucho a echar para adelante; les dijo que esperaba oír buenos resultados de los combates que tendrían y que esperaba volver a verlos en otra oportunidad. Tomaron datos de algunos para hacerles llegar unas platas a sus familias y partimos del sitio. Cuando salíamos le pregunté cómo le había ido. Me dijo que bien, que le había tocado venir porque el comandante de la zona estaba en un curso en Urabá y que había que pasarle revista a las tropas. En ese momento me enteré de que había un comandante entre Baltasar y Mancuso.

Cambiamos de tema. En el camino de regreso resolví muchas de las preguntas que me surgían. La que más me impactó fue cuando le pregunté que si esa era la gente con la que él venía a enfrentar a la guerrilla y me dijo que sí. Yo le dije: No. Acá no hay nada que hacer, se los van a tragar de un bocado. Él dijo: en la guerra irregular la cantidad de tropa no es lo fundamental; es la convicción de los hombres a la hora de luchar y la decisión que se tengan de derrotar al enemigo. No podemos crecer hasta que las finanzas lo permitan.

Yo dije: pero es que veo que esa tropa la tienes para el Magdalena y el Cesar. Él respondió: por ahora, es lo necesario. Insistí: el que conoce de guerra es usted, pero a mí me parece una locura. Me explicó cómo era la guerra irregular, la cual se basa en operaciones sorpresas. Consideré que era mi primera lección al respecto.

En el camino, le mostraba lo empinada que es la Sierra Nevada y lo extenso que es el Valle del Ariguaní, diciéndole: mira toda la tierra que tienes para liberar y me dices que son suficiente 24 hombres. Me respondió: por ahora. Todo dependerá de hasta dónde quieran llegar tus paisanos y los del Magdalena.

Yo le dije nosotros queremos llegar hasta donde sea necesario para recuperar nuestra libertad. Él me dijo: la voluntad es muy importante, pero también hay que decidirse a entrar a la guerra, si es necesario. Luego expresó: las zonas avanzan más rápido en la liberación cuando tienen dolientes. Explicó que los procesos de autodefensas, en la medida que la gente de la región se pone al frente del movimiento de resistencia, progresan más porque se pueden evitar errores que son los que frenan estos procesos. Esto me llevó a reflexionar en que, además de haber pasado de empresario a hombre de guerra, era, ante todo, un idealista con convicciones políticas y sociales claras. Reafirmando nuestra coincidencia en la visión de país.

Entendí que era una invitación a ser más que un colaborador. Le dije que me imaginaba que él se había llevado un tiempo para tomar su decisión. Me dijo: la verdad es que sí, yo tomé la decisión cuando me di cuenta de que sería el próximo muerto. Le dije: entonces no tengo mucho tiempo para pensarlo; él volvió a reírse y, mientras viajábamos, empezamos a hablar de nuestras vidas.

A partir de ese día me convertí en un gran colaborador de Salvatore, además la amistad seguía cultivándose. Mi función era de acompañamiento a donde me pidiera. Me convertí en un gran guía de la zona porque, entre otras cosas, la conocía bien por mis negocios de compra y venta de ganado, lo que me había permitido conocer muchas de las regiones ganaderas que era donde estaba la guerrilla conformando sus Estados.

Además, seguía con mi función socializadora, la cual se incrementaría, pues estas autodefensas empezaron a ser más operativas que las anteriores y, apenas la gente empezó a escuchar las operaciones militares de las autodefensas, por muchas partes empezaron a tomar otra actitud más positiva y esperanzadora.

Entonces mi función tendía a multiplicarse porque, cada vez más, la gente quería saber del fenómeno; y yo, por supuesto, estaba encantado de contarles que a

la región habían llegado las autodefensas de los Castaño, conocidas en ese momento como de Córdoba y Urabá y que, a los cesarenses, nos tocaría meternos la mano al bolsillo para financiar a esos hombres que habían llegado desde lejos a defendernos; y, que, simplemente, nos venían a apoyar mientras que nosotros tomábamos el liderazgo político, económico y social de la resistencia.

Las operaciones continuaban y yo me preguntaba cómo hacían para estar en varias partes a la vez. En una de las visitas, andando con el comandante Mancuso, él me explicó cómo hacía para operar en tantas partes con tan poca gente. Ahí, fui entendiendo lo de las operaciones sorpresas, además de las operaciones avispa, como la que hicieron las FARC después de la toma de Casa Verde, en 1991, para amedrentar al país.

Estas operaciones consistían en formar grupos muy pequeños, con objetivos militares bien ubicados por diferentes partes del territorio; lo que hacía creer al enemigo, y a la misma sociedad, que estaban por todas partes; lo que permitía propinar varios golpes, en distintos sitios del Departamento, e incluso, de los dos departamentos simultáneamente.

Esto llevó a que fuera la misma sociedad la que me buscara para preguntarme cómo hacer contacto con ellos, para pedirles el ingreso a zonas donde ellos

querían recuperar sus empresas; las cuales habían sido abandonadas o expropiadas por la “oficina de reforma agraria” que habían instalado los nuevos Estados guerrilleros, paralela a la oficina del INCORA encargada del tema de tierras del Estado de Derecho. Aunque con una diferencia: una compraba y adjudicaba, la otra, simplemente, mataba al propietario y la repartía entre sus milicias o entre sus acumulados sociales.

Yo les decía que no había problema. Que yo hablaría con unos amigos para que hicieran una reunión y explicaran cómo sería nuestra participación en esa campaña libertadora.

A principios de octubre, me llamó el comandante Mancuso y me preguntó cómo estaban las cosas. Le dije: creo que van avanzando, ¿usted qué piensa? Me respondió: ánimo que las cosas mejorarán. Luego, me invitó a una reunión que se realizaría en Córdoba, le dije que con mucho gusto estaría allí y quedamos en que lo llamaría apenas estuviera en Montería.

Me pidió que llegara temprano, así lo hice y le dije que estaba desayunando en un restaurante por el hotel Sinú. Me dijo que lo esperara en la entrada del hotel, que me recogería a la media hora y así sucedió.

Transitamos durante dos horas por unos valles hermosos; él me informó que esos eran los valles del río Sinú. Yo le expresé mi agrado con esas tierras tan fértiles y tan bien adecuadas. Situación muy diferente a la que se veía en mi región, debido al abandono ya evidente por parte de sus legítimos propietarios.

Me contó que para ellos había sido importante la influencia paisa, de quienes habían llegado a la zona y habían valorizado la tierra y que, a la vez, entraron con un modelo de laborar en la tierra que ayudó mucho al cambio de concepción. Le dije: eso es importantísimo para una región, porque de lo contrario se estanca como pasó con la nuestra. Y así fuimos conversando de un tema que también nos identificaba y nos unía, como era el sector agropecuario en el que ambos nos movíamos y donde cada cual tenía su propia experiencia, la cual compartíamos en los momentos en que nos apartábamos del tema de la guerra.

Llegamos al sitio. Había muchos carros y mucha gente, armada y desarmada; muchos con cara de empresarios, en su mayoría de la región Caribe y de Antioquia; otros uniformados nos invitaron a seguir a un kiosco. Simplemente se saludaba con un: buenos días. Todo el mundo muy amable, pero me di cuenta de que muy pocos se presentaban con su nombre. Simplemente daban la mano: mucho gusto, cómo está o encantado, pero parecía que allí nadie tenía nombre.

Yo sí me presentaba diciendo: mucho gusto Rodrigo y veía que la gente me miraba como preguntándose ¿éste por qué se presenta así? Después me explicaron que en las autodefensas había un comandante de alto nivel, cuyo nombre de combatiente era Rodrigo. Entonces, como me vieron llegar con el comandante Mancuso, pensaron que yo era ese comandante. Eso lo supe después.

Me causó risa y dije que no hay cosa más incómoda que estar en una reunión con mucha gente, pero todos sin nombre; no sabe uno como referirse a los demás y puede pasar por mal educado. Mancuso me explicó que así eran esas reuniones. En fin, estábamos departiendo entre los asistentes y el tema en general era la belleza de las tierras entre Montería y el sitio. Allí me di cuenta de que la mayoría, al igual que yo, estaba por primera vez en esa zona.

De pronto, una voz fuerte anunciaba la presencia del comandante Castaño en la zona de reunión. Vi cómo varias personas uniformadas empezaron a presentársele, entre ellas, de primero, el comandante Mancuso que estaba de civil. Un hombre más bajito que yo, con porte militar y bien atalajado, era quien recibía el parte de uno en uno; su voz era ronca más que gruesa. Por un momento me dieron nervios. No me esperaba conocer, en esa reunión, a la persona que el comandante Mancuso reconocía como su



superior inmediato. Fue un momento emotivo, es decir, nervios y alegría a la vez.

Entró al kiosco. Emitió un saludo general de “buenos días y bienvenidos” y empezó a saludar a cada uno de los presente dándoles la mano y presentándose. Volví a ser el único que se identificó con su nombre real. Él ya conocía a varios de los asistentes, pues el saludo con ellos fue más efusivo. Junto a él se mantenía un hombre con porte militar, uniformado con prendas de la infantería de marina. Lo diferencié por la gorra, él también nos saludaba de mano y se presentaba como Santiago. El comandante Castaño nos agradeció la presencia. Para mis adentro decía: gracias a usted por dejarnos conocerlo.

Nos invitó a que nos sentáramos y tomó la palabra, haciendo una presentación personal y explicando sus motivaciones políticas para haber hecho uso de su derecho a la legítima defensa. Me parecía estar escuchando al comandante Mancuso, de hecho, eso me agradaba mucho porque veía coherencia política entre ellos dos, lo que me hacía pensar en que ese sí era un verdadero movimiento político militar.

Seguidamente hizo una presentación de la organización que él comandaba. Habló de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá, de sus objetivos militares y de sus metas políticas. Habló del derecho que tenemos todos los humanos de hacer

uso de la legítima defensa como derecho natural y universal, ante la posibilidad de perder la vida o las libertades. Él hablaba de las políticas, económicas, sociales, culturales y espirituales. Vi en él a un hombre cristiano.

Habló de la resistencia civil a la opresión y a la ocupación; del papel fundamental de la sociedad en aceptar o rechazar las imposiciones y la violencia, así fuera con la misma violencia. Afirmó que los Estados subversivos se habían instaurado en Colombia por complacencia de una parte de la sociedad y por cobardía del Estado de derecho, quien hizo entrega de la soberanía en muchos territorios del país, sin pelear por defenderla.

Se refirió a la corrupción y a la exclusión, como elementos causantes de la violencia en nuestro país. Habló de la lucha antsubversiva que tanto su hermano Fidel como él habían desarrollado; de sus triunfos, de sus derrotas; de que la guerra nunca deja alegrías sino tristezas. Pero reconoció que las batallas sí dejan la satisfacción que produce la derrota de la opresión en una región, cuando el beneficio se refleja en las mayorías sociales.

Entre más hablaba, más me recordaba algunas conversaciones que anteriormente había sostenido con el comandante Mancuso y me alegraba mucho porque existía mucha coincidencia con mi manera de

pensar; pero, sobre todo, con la manera de pensar de las mayorías sociales de mi Departamento, con las que muchas veces habíamos hablado de estos temas.

Yo me sentía muy emocionado por haber podido estar en esa reunión; además, no quería que el comandante dejara de hablar, pues me gustaba mucho el tono sostenido con que manejaba su intervención. Eso, en mi caso, transmitía una gran seguridad acerca de los temas que él trataba. En esos momentos abrieron un mapa de Colombia y empezó a exponer el avance de las autodefensas en territorios como Antioquia y Córdoba.

Se refería mucho al tema del Urabá y manifestaba la necesidad de enfrentar a la subversión en toda la región Caribe, pues dentro del objetivo propuesto por ellos, para constituir unos Estados paralelos encaminados a la toma del poder, la costa jugaría un papel primordial y había que evitar que se consolidaran, como ya había pasado en el sur del país.

En esa parte de la exposición inició toda una cátedra acerca del posicionamiento que ya la guerrilla tenía en la región; de sus objetivos estratégicos, departamento por departamento. Su discurso demostraba que tenía un conocimiento mejor que el de la mayoría de nosotros, que éramos los que, supuestamente, conocíamos a fondo nuestras regiones.

Esto lo digo porque la cara de sorpresa de la gran mayoría de los presentes así me lo indicaba. En esos momentos pensé: este hombre debería ser nuestro Ministro de Defensa y no esos personajes que nunca han vivido ni conocido de la guerra y que para lo único que han servido es para dejar crecer el mal nacional a costa del sacrificio del pueblo colombiano.

Terminó su presentación de la situación de las guerrillas en la costa, diciendo que el motivo de la reunión, además de que conociéramos la organización de autodefensas, sus objetivos y metas, era conocer gentes de bien, de varias regiones de la costa norte, donde proyectaba entrar en confrontación con las FARC, el ELN, el EPL y las disidencias de otras guerrillas o bandas organizadas que trabajaban al mejor postor, sin causa ni motivaciones políticas.

Estos últimos grupos eran conformados por personas que no tenían noción de lo que pensaban las sociedades sobre la opresión a la que estaban siendo sometidas ni sobre la obligación que tenía la dirigencia política de ayudar al fortalecimiento del Estado de derecho; tampoco tenían noción sobre la voluntad de la sociedad atacada, en hacer uso de su legítimo derecho de defensa y, mucho menos, sobre nuestro compromiso de rodear a las autodefensas en caso de llegar a nuestras regiones.

Él insistía, parafraseando a Mao Tse Tung, en que para las autodefensas la sociedad era como el agua para el pez, y que llevar una guerra sin el acompañamiento de las mayorías oprimidas sería perderla antes de empezarla.

Terminó su intervención como de cuatro horas, haciendo una presentación del comandante que estaba a su lado, y que hasta ese momento le había servido como ayudante a la hora de explicar la situación sobre el mapa de Colombia. Informó que era el comandante que él había escogido para que se pusiera al frente del proyecto de construcción del Bloque Norte en lo que tuviera que ver con Guajira, Cesar, Magdalena y Atlántico; que estaría bajo las directrices del comandante del Bloque Norte, es decir, del comandante Mancuso y que esperaba de nosotros colaboración hacia él.

Su nombre era Santiago Tobón. El comandante se presentó y nos dio a conocer su compromiso con los comandantes Castaño y Mancuso, con la organización de Autodefensas de Córdoba y Urabá y con las gentes de esos departamentos e informó que sus hombres tenían ya dos meses de estar en Magdalena y Cesar.

Enseguida entendí que éste era el comandante que estaba entre Baltasar y Mancuso. Se nos puso a la orden, nos dio un número telefónico y nos preguntó si le podíamos dar el número nuestro. Yo, enseguida le

di el mío. Dijo que no hablaría de la situación de la región, pues con la información que nos había dado el comandante Castaño se había quedado sin novedades.

Enseguida nos invitaron a pasar a la mesa para almorzar y el comandante Castaño dijo que a continuación quería oírnos, para que le respondiéramos las preguntas que nos había hecho, además, de nuestra posición sobre lo explicado.

La verdad es que, en la mayoría, se notaba que no había tanta hambre como deseo de continuar con la reunión. Me causó asombro que la mayoría de los presentes eran personas muy mayores, quizás yo y dos más éramos los jóvenes de la reunión dentro de los invitados, porque el comandante Castaño se veía menor inclusive que el comandante Mancuso, de quien yo ya sabía que era menor que yo.

El almuerzo fue muy caribeño. Me sorprendió la forma de fumar del comandante Castaño, lo hacía ver hiperactivo. Después del almuerzo volvimos al kiosco, donde continuaría la reunión. Allí cada uno de los invitados empezó a responderle al comandante Castaño sus preguntas y a hacer un recuento de cómo las guerrillas tomaron su región, del abandono por parte del Estado y de la falta de compromiso de la clase política de cada departamento.

Este punto me llamó mucho la atención porque fue un común denominador. Los que estábamos allí mostrábamos una molestia muy grande contra la clase política que nos representaba en la capital del país, pues ella habían sido incapaz de reclamar, a nombre de todos, la presencia del Estado que tenía la obligación de velar por nuestra defensa, lo que la hacía responsable por nuestro dolor.

En aquella época sólo había dirigencia para incrementar la corrupción, la que ya se compartía con los nuevos Estados paralelos de la guerrilla. Todos en una sola voz clamábamos con un SOS por nuestra gente; todos demostrábamos el interés de las gentes de nuestra región por apoyar a quien llegare a cumplir la función de defensa que había olvidado el Estado de Derecho; todos hablábamos del sentir de cada región por la libertad y de la no aceptación de modelos políticos diferentes a los que ya estábamos acostumbrados, así compartiéramos que ya era hora de buscar unos cambios estructurales del modelo político.

Cuando me tocó el turno, y con la emoción que tenía después de escuchar con mucha atención al comandante, expresé todo lo que sentía y todo lo que yo sabía que sentía parte de la sociedad y de la gente de mi región. Me sumé al clamor del abandono por parte del Estado y de nuestra clase dirigente, ya expresadas por las mayorías presentes. Hablé de la

disposición que tenía la gente del Cesar para acompañar una gesta libertadora; al igual que lo habían hecho cuando el Libertador Bolívar solicitó el acompañamiento de los pobladores de mi región y salió al frente María Concepción Loperena.

Por eso, así como en el ayer, volveríamos a sacar la casta si era para defender nuestra vida, nuestra libertad, nuestra noción de país. Expresé que, al igual que ayer, sólo estábamos esperando que llegara un nuevo libertador a despertarnos el compromiso que como cesarenses teníamos con nuestra región y, como colombianos, con nuestro país.

Dije que si él era el libertador, yo sería, al igual que la Loperena, un abanderado para la consecución del acompañamiento de las mayorías cesarenses. Y que si la Loperena fue capaz de reunir una recua de bestias, pertrechos y comida, que para entonces era lo que necesitaba el Libertador, yo también sería capaz, dentro de mis posibilidades, de ayudar a conseguir lo que se llegare a necesitar para emprender y avanzar con esta nueva campaña libertadora por el Cesar y la costa Caribe.

En ese momento me preguntó que quién era la Loperena y yo le hice un breve recuento de quién había sido. Me preguntó que si en mi región las mujeres tenían más pantalones que los hombres. Yo me reí y le dije: comandante me imagino que en su



campaña de liberación el machismo no será impedimento por si sólo conseguimos acompañamiento por parte de las mujeres que, al igual que en el pasado, demostraron más patriotismo que los hombres. Me contestó: para nada y en mi campaña necesito de la participación de las mayorías sin importar el sexo, las mujeres conformarían un gran ejército en lo social por su sensibilidad natural.

Le pregunté a qué se refería con eso de “lo social”. Me respondió: la guerra no deja sino dolor y ruinas y después de que actúan las armas, debe llegar el desarrollo social. Allí las mujeres son mejores que nosotros los hombres. Le dije: espero que en otra oportunidad, usted nos dé la posibilidad de visitarlo para poder hablar más sobre el tema y para entenderlo mejor.

Yo terminé mi intervención ratificándole mi disponibilidad a servirle a la causa liberadora, desde la posición en que él considerara más adecuada para avanzar. Fue muy insistente en un tema que ya le había escuchado al comandante Mancuso: hasta que la gente de cada región no se apersona de la resistencia, la guerra no avanzará con la velocidad que se requiere.

Uno de los asistentes le preguntó ¿cómo así comandante? Él respondió: nadie como el doliente es capaz de sacrificar todo su tiempo a favor de la libertad

y no es lo mismo que la peleen los extraños que los propios oprimidos.

En ese momento otro de los presentes le preguntó: entonces comandante ¿si no nos ponemos al frente quiere decir que usted no nos ayudará? Él contestó: no me entienda mal, le estoy diciendo que si usted o alguien de su región, en algún momento, no asume el compromiso de ponerse al frente, le aseguro que no avanzarán tan rápido como quisieran, porque yo o cualquiera de mis hombres tiene muchos compromisos con sus propias regiones y de seguro no le dedicaremos el tiempo que se necesita para hacer la campaña sostenible que es la que termina derrotando al enemigo.

Pero yo haré esa guerra con o sin ustedes. Todos los presentes dijimos: cuente con nosotros, pero no espere que empuñemos un arma. Los más veteranos en edad dijeron, en tono de gracia: si es con combatientes como nosotros, le aseguramos comandante que perderemos la guerra. Él contestó: no lo crean, la guerra se gana desde el momento en que quienes la hacen están convencidos de querer morir por ella y si ustedes están acá, me imagino que están dispuestos. Además, en la guerra, y más en la irregularidad, los menos importantes somos los que portamos los fusiles; los más importantes nunca portan un fusil. Ellos son los que de verdad ganan la guerra después de que los fusiles cumplen su misión.

Para mis adentros pensé, este tema quedará también para una próxima oportunidad porque la tesis no nos había quedado clara. Había sido mucho para un solo día, sobre todo en un tema que, quienes acudimos a la invitación, pensábamos que solo era hablar de fusiles y balas. Nos levantamos a las 7 de la noche, no sin antes invitarnos a comer, lo que sirvió para culminar la reunión.

En ese momento le dije que me gustaría volver a conversar con él. Me dijo: cuando guste, dígame al comandante Mancuso y lo invito a que se pase un par de días conmigo en el campamento. Le dije: será un placer. Nos despedimos porque él ya se iba y lo acompañaba el comandante Santiago, quien nos informó que en tres días estaría en el área de operaciones por si queríamos contactarlo.

Le agradecemos su entrega y sacrificio por nosotros. Me le puse a las órdenes y quedamos en que cuando él lo estimara conveniente me llamaría y nos reuniríamos. Le expresé el deseo de la gente de mi región para tener contacto con el comandante, me dijo que el que quisiera le fuera dando su número telefónico y que dijeran que yo les había entregado el número, así él podría saber que era gente con la que se podía hablar.

Nos despedimos. Otros de los invitados también se fueron y a otros nos acomodaron en ese sitio. El comandante Mancuso se quedó como hasta las 10 de la noche acompañándonos y hablando de la reunión. Todos los que nos quedamos estábamos gratamente impresionados con el comandante Castaño. Yo le dije: con razón usted tiene esas convicciones. Él me respondió: esto lo hemos construido en estos años de guerra. Nos dejó a un muchacho que al día siguiente nos guiaría nuevamente a Montería porque él tenía que viajar para donde tenía una tropa y me comentó que cuando estuviera en el Cesar me llamaría. Le dije: sabe que estoy a su disposición.

De ese encuentro con el comandante Castaño, yo salí mucho más fortalecido en mis convicciones. Sentía un compromiso mayor con mi Departamento, con sus gentes y conmigo mismo. Sólo le pedía a Dios que me diera una señal en el momento adecuado. Pues, si no salía nadie más en mi Valledupar del alma, sí tenía que ser yo, que me mostrara el camino.

Los días siguieron. Santiago llegó al Departamento y se comunicó conmigo. Lo visité. Ya para ese entonces le habían entregado un sitio en Valledupar para ubicarse y ubicar la gente de él. Una especie de base urbana dentro de Valledupar. Allí nos vimos. Me comentó que ya había empezado a hacer contactos con gente de la región. Yo le entregué un directorio de Valledupar, señalándole muchas de las personas que

en algún momento habían estado hablando conmigo de la posibilidad de defendernos; de quienes en algún momento me habían preguntado cómo hacer contactos con esta gente; de muchos de los que colaboraban con la guerrilla; de algunos sitios donde era frecuente que los guerrilleros permanecieran en Valledupar; en fin, fue una reunión que, yo diría, sirvió para generar confianza.

Me dijo que empezaría a desarrollar una serie de operaciones militares antisubversivas, con lo que esperaba dar unos golpes certeros que propiciarán no sólo bajas sensibles al enemigo, sino también acercamientos con miembros de la sociedad que en esos momentos estaban siendo víctimas de la opresión, y que trataría de que entendieran que había llegado el momento de parar la sumisión ante las guerrillas, porque de lo contrario tendríamos problemas.

Expresó que él no iba a permitir que las víctimas fuéramos las que siguiéramos fortaleciendo a nuestros propios enemigos; que las autodefensas tenían claro que éramos una sociedad que, por temor a perder la vida, nos habíamos entregado a las exigencias de los nuevos Estados; pero, que ya eso tendría que parar porque sino él tendría que frenarlo militarmente y se perderían vidas de gente que podrían serle útiles al Departamento.

Esto lo decía debido a que casi toda la sociedad, por algún motivo, contribuía a fortalecer esos nuevos Estados; porque el 80% de los cesarenses, si no era más, colaborábamos de alguna manera con la guerrilla. Recuérdense que mencionamos el hecho de que ya, en nuestra región, el Estado de derecho había entregado la soberanía a los nuevos Estados en formación y consolidación.

Ese mes de octubre, y después de haber conversado conmigo, el comandante Santiago hizo una operación militar en el corazón del frente José Manuel Martínez Quiroz, del ELN. Uno de los frentes que tenía sitiado a Valledupar y a los municipios de La Paz y Sandiego, vecinos de nuestra capital, y que había sido responsable del desplazamiento de los empresarios de la margen del río Cesar, entre San Diego, los Braciles, el Desastre y Valledupar; y los promotores de las invasiones de tierra por ese sector.

La operación antsubversiva fue en el corregimiento de Media Luna. Éste, para entonces, se había convertido en un pueblo campamento del ELN, y en un centro de operaciones donde se citaba a la gente de bien para que entregaran sus impuestos; donde se negociaban secuestros y se recuperaban los cadáveres de muchos muertos que las guerrillas devolvían; donde se pactaban los presupuestos públicos de los diferentes municipios que ya estaban al servicio de los nuevos Estados; donde se designaban, a dedo, candidaturas a

las diferentes corporaciones; donde se evitaba que el constituyente primario hiciera uso de su derecho al sufragio; en fin, un centro importantísimo desde donde este frente guerrillero ejercía autoridad e imponía sus leyes.

Esta operación de las autodefensas fue de gran impacto para nuestra región, pues sirvió para despertar a todo el mundo. No sólo porque, hasta ese momento, era impensable que lograran entrar en ese territorio y salieran vivos -pues la fuerza pública jamás lo había logrado, pues cuando lo intentó se devolvió con sus muertos y hasta allí llegaron las operaciones-, sino porque las autodefensas, con esa operación, mandaron un mensaje claro en el sentido de que no habría zonas vedadas para operar y que, además, estaban dispuestas a entrar en cualquier zona guerrillera por fuerte que ésta pareciese.

Eso nos hizo pensar enseguida que entrarían a las zonas que cada uno de nosotros señalara. Lo que dio ánimo a la gente para empezar a cambiar el rumbo del impuesto que, hasta la fecha, venían entregando; y, en vez de seguir dándoselo a las guerrillas, pasarían a colaborar con las autodefensas. **(Explicación).**

La operación también fue importante para generar credibilidad entre las personas que, hasta entonces, habían sido víctimas del ataque constante de la guerrilla, lo que permitió empezar a fortalecer la

organización de autodefensas, que en esta oportunidad ya demostraba una fuerza real.

Porque lo digo: hasta entonces las autodefensas de Luis y de Jimmy jamás habían mostrado operaciones en territorios totalmente consolidados por la subversión, sino que todas fueron en los cascos urbanos. Esta vez, en toda la región se hablaba de muchos hombres uniformados, portando fusiles y eso fue lo que hizo pensar que ahora sí habían llegado los salvadores de toda una región, donde una parte de su sociedad estaba siendo oprimida por otra parte de la misma sociedad **(operaciones de Codazzi y demás)**.

A principios de noviembre de ese año, me volvió a llamar el comandante Santiago para pedirme el favor de vernos en la finca de Gnecco, en el río Ariguaní. Le dije que aceptaba con gusto. Al llegar a la cita me encontré al comandante Santiago, en compañía de 24 hombres nuevos que llegaron de Córdoba, por orden del comandante Castaño, y que se ubicarían en la región de Codazzi. Quien estaba al frente de ese grupo era el comandante Negro, a quien conocía, pues era uno de los comandantes que se reunió con el comandante Mancuso cuando pasó revista al comandante Baltasar. Y allí ya estaba como comandante de esa unidad nueva que llegaba al Cesar.



Ese día el comandante Santiago me citó a solas en un kiosco. Estando allí mandó a que le trajeran a un señor de nombre Joaco, ¡qué sorpresa! cuando vi entrar al señor, pues era, nada menos, que un comandante del frente 6 de diciembre del ELN, que durante mis últimos dos años como para guerrillero me había hecho la vida imposible.

El susto fue muy grande ya que no entendía qué hacía allí. El comandante Santiago me explicó que él se había retirado de la guerrilla, que había ayudado a un secuestrado a huir y que colaboraría con las autodefensas. Él me llamó por mi apodo. Me dijo: Papa, vea lo que pasó y ahora estamos del mismo lado. Volví a utilizar el refrán del puerco y le dije: tiene que demostrarlo como hacen sus otros compañeros.

El comandante me informó que ya estaban cuadrando operaciones en el área y yo le dije: con éste sí puede avanzar, porque él era una de las cabezas que tenían azotada a Valledupar y conoce todo en esta región. Él dijo que entregaría a todos los que conocía y que hacían partes de la estructura armada, política y social; pero que había colaboradores, como le había sucedido a Papa, que lo hacían por miedo, que él no los podía entregar. Yo le dije: tú eres cínico. Él me respondió: esa es la guerra.

A los pocos días, el comandante Santiago me avisó que haría una operación antisubversiva con Joaco,

durante la noche, en Río Seco y Las Raíces donde, según informaciones, estaban unos guerrilleros descansando. Joaco los tenía ubicados. Yo le deseé suerte.

El comandante me reveló que estaba con muy poca gente; que él mismo iría al frente de la operación y que, por eso, necesitaba apoyo. Le pregunté qué podía hacer yo. Él me dijo que lo apoyara con gente y con un vehículo. Puse mis dos escoltas a su disposición y le ofrecí una camioneta que guardaba para cuando se necesitara apoyo. Me dijo que no tenía conductor, que lo acompañara. Le dije: no hay problema, yo voy. Y fue así como, en la noche, llegué con mis dos escoltas (Maravilla y Pedro) a quienes puse a órdenes del comandante Santiago.

Cuando llegábamos a los caseríos yo me quedaba afuera cuidando los dos vehículos. Él tenía 10 hombres aproximadamente. Allí dieron de baja a varios guerrilleros. Yo sólo sentía los disparos. En la madrugada los dejé en una finca, en las afueras de Valledupar, desde donde ellos se regresarían para su zona. Me acuerdo de que Joaco insistía en llegar a un sitio conocido como el Alto de la Vuelta, pero el comandante decía que no, porque él no tenía el suficiente conocimiento de la zona.

El resto del año 96 se caracterizó por respuestas militares antisubversivas, de la resistencia contra la

opresión, en diferentes puntos del Departamento; consiguiendo, cada vez, más acompañamiento del pueblo que quería cortar las cadenas que los ataban con quienes tanto daño causaban a nuestra región.

Durante este tiempo pude compartir un par de veces con el comandante Mancuso, pues cada vez que llegaba a la zona nos reuníamos y me convertía en el mejor de sus guías. Además, mi trabajo de socialización, que incluía labores de inteligencia, seguía ahora con más entusiasmo y convicción que antes. Desarrollando esa función me tocó organizarle una reunión con un grupo de empresarios de la región de Ariguaní, Magdalena, para principios de diciembre.

El día que llegamos a la cabecera municipal, al pasar por la estación de policía, nos pararon. Al ver que la gente que acompañaba al comandante portaba armas largas -fusiles conocidos como R-9-, nos preguntaron que quiénes éramos. El comandante Mancuso les explicó que éramos de su CONVIVIR.

Notábamos a los policías muy preocupados. El comandante les preguntó qué pasaba y ellos contaron que la guerrilla había secuestrado a tres empresarios y que no sabían qué hacer. Me acuerdo que el comandante Mancuso les dijo: ¡ah! y ustedes con tanto armamento ¿qué hacen, por qué no van tras los secuestradores? La respuesta ya la había oído yo durante años, en muchas oportunidades: no podemos,

no tenemos órdenes para ello y no conocemos esa área. Además, le toca a la policía de Plato, no a nosotros.

Se veía que lo que no querían era cumplir con sus funciones y evadían su responsabilidad, con una frase que en las fuerzas armadas ya se había institucionalizado: no es nuestra jurisdicción. Arrancamos y el comandante Mancuso comentó: así estuvimos en Córdoba, hasta que nosotros mismos tuvimos que defendernos.

Luego de la estación de policía llegamos a la casa de un amigo. Allí nos presentaron a un empresario hermano de uno de los secuestrados; ya él se conocía con el comandante Mancuso, pues vi que el saludo fue un poco más caluroso.

El hombre se veía muy preocupado y se apartó para hablar con el comandante, a quien le interesó saber el tiempo que había transcurrido, desde el hecho hasta el momento. Me acuerdo que dijo: si en 48 horas no lo recuperan, les toca negociar. Y ya habían transcurrido 24, según lo que dijeron allí.

El comandante le dijo a uno de sus escoltas que le alcanzara el celular y se comunicó con el comandante Santiago. Al preguntarle su ubicación, él le respondió que se encontraba por los lados de Monte Rubio. Ya en ese momento le habían hecho un análisis de la

zona del secuestro y de los posibles corredores de movilidad o sitios a donde podrían haber llevado a los secuestrados.

Al sitio donde estábamos se hizo presente un hombre que se identificó como Hugo que, supuestamente, era el comandante militar de un grupo de autodefensas conocido como el grupo de don Chepe Barrera y que operaba en una zona del departamento del Magdalena.

Todas las opciones señalaban que el sitio donde los debían tener era un lugar conocido como la **Pola** - campamento conocido del frente Domingo Barrios del ELN, responsable del múltiple secuestro-. El comandante preguntó que quién conocía el sitio o la forma de llegar a él. Nadie respondía. Al parecer era una zona desconocida para la mayoría; después, supimos que era una zona que generaba tanto temor a las gentes del centro del Magdalena que nadie se atrevía hablar de ella.

Ahí, el comandante Hugo dijo que él conocía, más o menos, la vía para llegar hasta Chibolo; que por allí era que se iba para el sitio mencionado; pero, que no sabía exactamente cómo llegar. Lo veíamos muy nervioso. El comandante Mancuso preguntó: ¿cómo hace una tropa que esté por los lados de Monte Rubio para llegar a Chibolo? Le explicaron que por allí, el

único vehículo posible era el tractor, porque las carreteras no existían y sólo había puras trochas.

Le dijeron que no había forma de mandarles un guía; que nadie quería meterse para esa zona y que el guía, por mucho, los llevaría hasta Fundación y que, además, se demorarían dos horas en hacérselo llegar.

El comandante le dijo al hermano del secuestrado: si queremos recuperarlo movámonos rápido, pero sepa que una de las posibilidades es que, si los encontramos y combatimos, su hermano puede morir. El comandante no preguntó por los familiares del resto de secuestrados. Este señor preguntó quién haría la operación. El comandante Mancuso les dijo: las Autodefensas de Córdoba y Urabá y yo iré al mando de ellas.

En ese momento, la casa ya se había llenado de personas de la región y se dieron cuenta de lo que el comandante había dicho. Algunos que me reconocían, me miraron, y para mis adentros dije: ya se me cayó la invitación. Porque, a los empresarios yo los había invitado a una reunión con un amigo ganadero de Córdoba, que manejaba una CONVIVIR y que quería explicarnos el fenómeno de su Departamento. Pero, dije: que sea lo que Dios quiera. Mejor que de una vez la gente sepa cómo es la cosa, para no estar hablando de un tema aquí o para explicar otro tema allá. La

noticia corrió como pólvora: las autodefensas de los Castaños están acá.

El comandante llamó a Santiago y le dio la orden de que fueran a fincas y pidieran prestados tractores con zorros suficientes para transportar la tropa, y que buscaran un guía que los llevara hasta un sitio conocido como Chibolo.

Ya había preguntado cuánto tiempo se podrían echar para llegar allá. La gente conocedora le habló de entre 5 y 6 horas, aproximadamente. Él le dijo a Santiago que si no encontraba quién le dijera cómo llegar, que buscara a cualquiera que supiera la vía y si no quería a las buenas, se lo llevara a la fuerza; pero que ya era hora de que la gente le perdiera el miedo a la guerrilla, porque mientras no lo hiciera, el miedo no los dejaría echar para adelante.

Le dijo que allí en ese pueblo se encontraría con él. Le dio una frecuencia de radio y le dijo que por esa se irían comunicando. El comandante Mancuso indagó entre los presentes quiénes tenían personal armado que prestaran para la operación de rescate y en cuánto tiempo la tendrían lista. La gente empezó a decir que sus escoltas tenían revólveres y que quién pelearía con revólveres. El comandante dijo que a la hora de pelear hasta una navaja serviría, pero en la zona a todos les causaba terror y fue imposible conseguir voluntarios para esa operación.

Solamente el hermano del secuestrado dijo que sus dos escoltas irían a acompañarnos y el comandante Hugo también dijo que 4 hombres que lo acompañaban también se sumarían, es decir, el comandante Mancuso sumaba, con su gente y los voluntarios, 16 hombres en total.

Como ya al comandante le habían explicado que desde donde estábamos podríamos estarse echando más o menos 4 horas, entonces, él dio una hora para que todo el mundo se abasteciera de agua y comida y se alistara con unas hamacas y unos guindos, porque no se sabía cuántos días estarían en la operación.

Allí vi como un hombre sin conocimiento de la región, pero con voluntad, imprimía optimismo a las gentes que lo escuchaban y mostraba seguridad al hablar de rescatar al secuestrado. Parecía que no le temía a la guerrilla y eso desconcertaba entre los asistentes, pero a la vez daba esperanzas.

En esos momentos me dijo: Rodrigo, necesitamos gente. Yo dije: ¿cómo hacemos si nadie quiere apoyar con sus escoltas y los dos míos se quedaron en Valledupar? Me dijo: le tocó a usted acompañarme. Le contesté: comandante, ¡cuánto quisiera! pero jamás he estado en un combate y la verdad es que no estoy preparado para ello. En cuestión de segundos pensé en la muerte, y más en pleno mes de diciembre, lo que



contribuyó a incrementar el miedo de ir en esa operación.

Le dije: yo mejor me quedo en este pueblo por si necesitas algo; podría apoyarte con médicos o con lo que consideres. Me dijo: Rodrigo, si no aprendes a defenderte, el día que te toque no lograrás hacerlo. Necesitas perderle el miedo al combate. Le dije: pero es que yo todavía no sé si quiero ser combatiente. Me respondió: la gente debe ver a alguno de ustedes participando directamente, pues la guerra la tienen que realizar las víctimas de la región, de lo contrario se quedará sin dolientes y, por ende, se perderá.

La verdad es que yo no quería oír esas palabras y, ante la insistencia y los argumentos del país, me eché la bendición y le dije: vamos para esa. Sólo yo sabía el susto que tenía y el temblor de mis piernas producto del miedo. Pero la decisión estaba tomada; los diecisiete hombres que intentaríamos liberar a los tres secuestrados en poder del ELN, saldríamos una hora después, en tres camionetas.

Mi primera experiencia en la guerra me llevó, en el camino hacia el objetivo, a recordar algunas maniobras que muchos años atrás había aprendido en la escuela José María Córdoba, donde intenté ser un oficial del Ejército Nacional.

Pensaba que podría necesitarlas. La verdad es que el susto que llevaba no me dejaban concentrarme y, mucho menos en lo que quería recordar. El comandante Mancuso, a la vez me daba algunas instrucciones, entre ellas, que combatiría a su lado, me entregó uno de los fusiles R-9 para que lo portara. Era la primera vez que lo hacía.

Esta entrega y su respectiva instrucción, me la explicó cuando tuvimos que hacer un pare en la vía, pues una de las camionetas se pinchó y tuvimos que esperar, no sólo el cambio de llanta sino el arreglo de la misma, pues ya estábamos en zona de riesgo y no sabíamos si en el camino encontraríamos llantería.

Mientras un carro iba hasta Chibolo para arreglar la llanta, el comandante ordenó hacer un retén en la vía para recoger información y no permitir que alguien que pasara le fuera a avisar a la guerrilla sobre la presencia de gente armada en la zona.

Todos portábamos las armas a la vista. Era una vía, además de muy mala, con muy poco tráfico. En ese retén cayeron dos hombres jóvenes a quienes el comandante Mancuso hizo que los metieran para una punta de monte. Allí empezó a preguntarles por la guerrilla. Ellos insistían en preguntar que si nosotros pertenecíamos a la fuerza pública. Esa pregunta era insistente, pero el comandante Mancuso les pedía

información sobre la presencia de la guerrilla y la vía hacia la Pola. Ellos colaboraban muy poco.

En ese momento uno de los escoltas del comandante dijo que lo mejor era darlos de baja, porque con seguridad ellos hacían parte de la guerrilla y sabían dónde estaban los secuestrados; que la moto que cargaban, de seguro, era la que utilizaban para hacer inteligencia y alertas tempranas. Les hicieron desocupar sus bolsillos pensando encontrar algo que los delatara, y llegó un momento en que la presión fue tanta y ellos insistían en quiénes éramos, que el escolta les dijo: nosotros somos las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá y venimos a acabar con ustedes guerrilleros que devastaron esta región.

Ellos enseguida preguntaron que si era verdad que éramos Autodefensas. Les contestaron que sí y fue cuando dijeron que sacarían un carné de los zapatos, porque ellos eran policías. Les dijeron que si se iban a dejar matar por no abrir la boca y ellos contestaron que pensaban que también podíamos ser guerrilla y pensaron que hasta ese día llegaban.

Nos informaron que para llegar a La Pola había que pasar por Chibolo y seguir hasta un sitio conocido como La Estrella; que allí nos podían informar mejor, porque había mucha gente que le colaboraba a la guerrilla. El comandante les preguntó qué sabían de los secuestrados. Ellos le dijeron que los tenían hacia

esa zona. Les preguntó que por qué no se iban con nosotros; que iríamos a rescatarlos y nos servirían de guías. Respondieron, producto del susto que se les notaba, por la mera insinuación, que ellos no conocían más allá de Chibolo. En esos momentos llegaron los del carro con la llanta y nos dijeron que estábamos como a 10 minutos de Chibolo. Los policías nos explicaron cómo seguir hacia La Estrella y seguimos nuestro camino.

Yo hubiera preferido que esa llanta se hubiera demorado más, así atrasábamos más la hora cero. El comandante se comunicó por radio con el comandante Santiago y le preguntó por dónde iba. Éste contestó que estaban muy atrasados, pues venían casi abriendo trocha, ya que la vía era inexistente. Él decía que era un camino de herradura y en muy malas condiciones, que traían unos zorros que se atollaban con mucha frecuencia y eso les hacía perder más tiempo.

El comandante Mancuso les avisó que deberían llegar a La Estrella y no a Chibolo. Al poco rato, el comandante Santiago le confirmó que el guía decía que mejor, porque llegarían primero a ese sitio que al que se tenía pensado, y quedaron de encontrarse allí.

Nuestra llegada a la Estrella no fue nada agradable para la gente, pues el comandante Mancuso ordenó concentrar a toda la población en un sitio y tomarse las

diferentes entradas al pueblo. Él había distribuido la gente, y a mí me tocaba en el grupo con él y 5 hombres más. Cuando estaban todos concentrados, él les empezó a preguntar quiénes de ellos eran guerrilleros, dónde quedaba La Pola y qué sabían de los secuestrados.

La gente estaba muda. Nadie contestaba, nadie sabía qué era esa palabra guerrilla; lo único que preguntaban era que si éramos del ejército o de la policía. Decían que esa era una tranquila zona de campesinos y que era la primera vez que oían de secuestrados. Eso molestó mucho al comandante, quien les dijo si no colaboraban a las buenas, tocaría hacerlos hablar a las malas.

En la esquina donde se congregó el pueblo había un billar; en él estaban concentradas como 25 personas que se encontraban allí al momento de nuestra llegada y fue el primer sitio que ordenaron custodiar; entre otras, porque era una de las entradas o salidas del pueblo.

El comandante Mancuso empezó a preguntarles por la guerrilla, por La Pola y por los secuestrados. Nuevamente, para nadie eran conocidas estas palabras, ni siquiera sabían de un sitio que, en la región, todo el mundo llamaba La Pola y eso me daba más temor todavía.

Era la primera vez que estaba en una situación como esa y el comandante nos había explicado, a José María, su jefe de seguridad y a mí, que él empezaría a ordenarnos que matáramos a unas personas, una por una. Que tendríamos que sacarlas del billar y llevarlas hasta donde estaba la seguridad de esa entrada. Allí tendríamos que hacer dos disparos, para que, los demás, pensarán que ya los habíamos dado de baja, y tendríamos que decirle a nuestro regreso: orden cumplida, comandante.

No entendía esa orden pero yo ya estaba en plena operación y sentía que a mí también me tocaba cumplir las órdenes; pues, estaba al mando del comandante. El primer interrogado en el billar dijo desconocer sobre lo que se le preguntaba. Así que a la orden lo sacamos delante de todo el mundo, se lo entregamos a los que custodiaban la entrada para que lo retuvieran, mientras que el comandante decidiera qué hacer. José María hizo los dos tiros y dio parte de orden cumplida.

La gente nada más se miraban entre ella. Seguimos con el segundo interrogado, con el tercero, y siempre era lo mismo. Nada que el comandante conseguía colaboración. El cuarto de los interrogados le pidió al comandante que, por favor, no lo fuera a matar como a los otros; que él tenía familia. El comandante le dijo: entonces colabóreme.

La persona, que tenía aspecto de campesino de la región, le dijo que le gustaría hablar con él, pero afuera y a solas. Estando fuera del billar le dijo: yo tengo información pero, si se las doy soy hombre muerto. El comandante le dijo a José María: llévate este tipo que lo que está es ganado tiempo para que muevan a los secuestrados, llévatelo y mávalo en la entrada de Chibolo.

La situación era que éste no viera a los anteriores y se diera cuenta de que estaban vivos, porque se perdía el factor de intimidación. José María lo montó en el carro. Yo manejé y nos parqueamos en el cementerio del pueblo. Allí esperaríamos al comandante Mancuso, quien al poco rato llegó y empezó a interrogar al campesino. Éste explicó que temía por su vida y la de su familia. El comandante le dijo: dígame lo que sabe y yo veré cómo lo ayudo. De antemano sepa que si me da una información que nos lleve a donde está la guerrilla le doy un millón de pesos.

No sé, pero sentí que al campesino se le había bajado la preocupación con el ofrecimiento. Enseguida le dijo al comandante: yo sé dónde están los secuestrados; están en La Pola, al lado de la parcela donde vive un familiar, en el caño. Allí, les hacen la comida.

En ese momento el comandante Mancuso le preguntó que cuántos eran los guerrilleros y él le dijo que aproximadamente 30; que allí estaba el comandante

que se llamaba José Luis. Le preguntó que a cuánto estábamos del sitio y él dijo que a hora y media, a pie.

Enseguida mandó a buscar un pasamontaña y pidió que le compraran, en el pueblo, una camisa y unos pantalones con la talla del campesino; luego, lo hizo cambiarse y cubrirse la cara para que no lo fueran a reconocer, porque se suponía que estaba muerto. De allí, se comunicó con el comandante Santiago, quien le informó que, según el guía, ya estaban llegando al sitio.

A la llegada de la Fuerza de choque, el comandante Mancuso se reunió con los comandantes que venían al frente de ellas y con el campesino y, de acuerdo a lo que éste le decía, él organizaba grupos para ingresar al sitio. Se le veía el interés de cubrir bien todos los sitios para que no pudieran sacar a los secuestrados por ningún lado, puesto que fallaría la operación de rescate.

Arrancamos hacia un sitio donde nos dividiríamos, para darle tiempo a una fuerza que tendría que caminar más que otra, porque, según decía el comandante, ésta última tendría la función de cerrarle la salida a la guerrilla. Esta tropa avisaría cuando estuviera ya ubicada, para que el comandante Mancuso diera la orden de entrar en el área.



Los movimientos sólo podrían ser en la noche para evitar ser detectados por cualquier miliciano o colaborador de la guerrilla y que éstos avisaran de nuestra presencia. Así se hizo, y como a las 9 de la mañana del día siguiente reportaron que ya estaban en posición.

Sé que era exactamente el 7 de diciembre, día de las velitas. Lo recuerdo porque yo había quedado en pasar esa fecha con mi familia y estaba preocupado, pues no sabía si la operación terminaría ese día y no tenía forma de comunicarme con ellos. Pues, el comandante no permitía comunicación diferente a la que él sostenía con los comandantes que lo acompañaban en la operación.

A esa hora, ya el campesino había regresado de guiar a los que tenían que ubicarse para cerrar la posible salida en caso de enfrentamiento. Entonces, averiguó con el campesino si él sabía los horarios de alimentación y el campesino le respondió que los normales. Le preguntó a qué hora era el almuerzo y él dijo que entre 12 del día y 1 de la tarde.

Entonces el comandante dio la orden de comenzar una infiltración hacia la casa donde se sabía que hacían los alimentos y así se hizo. Mi ubicación era al lado del comandante Mancuso; su grupo lo formábamos 6 personas. Al llegar al sitio no se veía ningún movimiento extraño ni gente uniformada. El

comandante llamó para que le trajeran al campesino hasta una montañita, que era donde él estaba. Estábamos cerca del caño y la casa quedaba de frente.

Había otra tropa más cerca a la casa y la dirigía el comandante Baltasar. Éste reportaba la presencia de un campesino nada más, como si no hubiera más gente. El campesino les informó que a su pariente lo habían hecho desocupar la casa, pues era costumbre; que donde hicieran los alimentos no hubiera nadie más. Dijo que ese campesino debería ser quien les estaba cocinando.

Baltasar pidió la autorización para entrar y capturarlo. El comandante Mancuso le dijo que no; que esperara a ver si llegaba alguien a recoger la comida para saber el sitio exacto de los secuestrados.

La casa estaba muy cubierta de montaña por todos los lados y tenía muy poca zona limpia. Pensé: por eso es que no encuentran a nadie, todo el mundo les colabora y así muy difícil.

Cuando el comandante Mancuso vio que el campesino que estaba en la casa salía hacia el caño, con unas ollas en la mano, le dio la orden a Baltasar de capturarlo, antes de que entrara en la montaña hacia donde se dirigía y, allí fue Troya.

Recuerdo que el muchacho iba con una camisa blanca. Yo, por supuesto, estaba muy asustado. Salieron el comandante Baltasar y su gente corriendo detrás del muchacho de las ollas y fueron detectados sobre una zona descubierta. El muchacho tiró las ollas y salió corriendo hacia la montaña. En esos momentos empezaron a dispararle. Ya para ese entonces el comandante Mancuso había dicho: ese es uno de ellos.

En ese momento empezamos a sentir una fuerte concentración de disparos, que yo no sabía de dónde salían. En ese instante vi caer al de la camisa blanca y también vi que unos hombres de las autodefensas le cayeron encima.

El comandante Baltasar le avisó al comandante Mancuso que habían entrado en contacto con el grueso del grupo y éste ordenó, a todos los comandantes, avanzar hacia el área de combate e ir encerrando mientras el comandante Baltasar empezaba a maniobrar. La verdad es que ni en el ejército había oído yo tanto disparo ni había sentido tanto miedo.

El comandante Mancuso nos dio la orden de avanzar, por medio del caño, en dirección hacia donde se sentían los combates. Yo iba en la cuarta posición. Se suponía que el comandante sería mi instructor en ese primer combate.

Como a los 15 minutos de haber arrancado, ya nuestro grupo estaba combatiendo. La verdad es que yo no entendía las órdenes que daba el comandante Mancuso. A él se le notaba la preocupación por mí. Me decía: no pares de disparar. Y yo lo hacía, pero no veía a quién disparaba. Sinceramente, el miedo fuerte fue durante los primeros 5 minutos; ya después no sé si yo lo controlaba o el mismo miedo se asustaba por la plomacera que había.

Le reportaron al comandante: tenemos 3 heridos, entre ellos el comandante Baltasar.

El comandante Mancuso dio la orden de evacuarlos y de que el segundo, al mando de esa tropa, asumiera el mando; pero, insistió en que apretaran. Para ese momento ya se llevaba como una hora de combate.

Todos los grupos reportaban estar peleando. Entonces, es cuando el comandante ordena irnos acercando todos, con el objetivo de encerrarlos totalmente. Él dice: los tenemos en la mitad, no los dejemos escapar.

Cada vez, el combate disminuía. Ya se empezaba a escuchar que los comandantes se gritaban entre ellos, es decir, ya todos estábamos muy cerca. El combate se detuvo y se ordenó parar el fuego. No hubo más respuesta por parte de la guerrilla, lo que llevó al

comandante a ordenar un registro centímetro a centímetro. Él temía que los secuestrados estuvieran muertos o que ésta fuera la avanzada de donde los tenían guardados.

La tropa empezó a reportar guerrilleros muertos y con su dotación. El comandante preguntó por los secuestrados. Las respuestas eran negativas. Ordenó sacar los cuerpos y el material recuperado. Para entonces, en la casa donde hacían los alimentos no había nadie y nadie daba razón del campesino que dio la información. Al parecer, en el momento del combate se fue del sitio donde se encontraba, pues ya había recibido su millón de pesos.

Estábamos cerca de la vivienda, cuando una de las tropas reporta que uno de los secuestrados había sido recuperado y se encontraba en buen estado de salud. Éste nos explicó que los otros dos también debían estar escondidos, porque en el momento en que se inició el combate, la guerrilla se aprestaba a almorzar y el golpe fue tan de sorpresa que ellos pudieron correr y resguardarse, por eso creía que debían estar en la zona.

Enseguida, se dio la orden de empezar a gritarlos por su nombre y a decirles que eran libres y que eran las autodefensas las que estaban allí. Que salieran, que no corrían peligro. Al cabo de mucho tiempo, como de dos horas, un retén, que el comandante había

ordenado montar hacia la salida para La Estrella, reportó que tenía en su poder a una persona que no daba para explicar quién era ni qué hacía por esos lados. Que podía ser un guerrillero que se cambió de ropa; que estaba muy nervioso y que tenía apariencia de gente de afuera de la región.

El comandante Mancuso se dirigió al sitio y al llegar allá uno de los hombres que nos acompañó, que era uno de los escoltas que había prestado el hermano de uno de los secuestrados, reconoció como el hermano del patrón al hombre que tenían allí.

Ya eran dos los secuestrados liberados. Al regresar al sitio, ya habían colocado en medio del potrero, si no estoy mal, 10 u 11 cuerpos; todos con su fusil al lado. Creo que había más armas que cuerpos.

Se dio la orden de continuar la búsqueda del otro secuestrado y de más cuerpos, pues se hablaba de 30 guerrilleros. El comandante Mancuso se comunicó con el comandante Castaño y le dio el parte. Éste lo felicitó y le dijo que se volvería a comunicar con él. Luego, ordenó preparar almuerzo. La búsqueda continuaría, pero la noche también llegaba.

El comandante Mancuso recibió una llamada del comandante Castaño, en la cual le ordenaba que dejara los cuerpos y unas armas en el sitio; que colocara un guía en La Estrella y que dejara una

escuadra cuidando; que unos amigos de él llegarían a recoger los muertos y las armas; que él ya tenía todo listo; y, que le diera el nombre del guía.

El comandante Mancuso le respondió que no podía dejarlos en el sitio que él le indicaba, porque no brindaba seguridad; que se los podía dejar en un pueblito, a la entrada de Chibolo, sobre la troncal del Caribe, que comunica Ariguaní con Plato, llamado Apure.

El comandante Castaño le dio la orden de salir de la zona. Él le informó que faltaba un secuestrado. El comandante Castaño le dijo: si no lo encontró, como a los otros dos, fue porque se lo alcanzaron a llevar.

Noté en el comandante Mancuso un desánimo que me impresionó. No obstante el triunfo que había conseguido, no se mostraba alegre. Pregunté qué le pasaba y me respondió: si ellos se llevaron al tercer secuestrado, le pasarán la cuenta de cobro de este golpe a ese señor. Con toda seguridad lo matan. Es una lástima que no lo hayamos podido liberar a él también.

Le ordenó al comandante Santiago que dejara una escuadra asegurando el sitio; que acampamentara, con su gente, retirado de la zona de combate; que mantuviera comunicación permanente con la escuadra y con el guía, que él dejaría al salir; y, que cuando llegara una gente, enviada por el comandante

Castaño, a recoger las armas, se juntara con la escuadra y retornará al sitio de donde había partido. Los felicitó y, al comandante Santiago, le dijo que se verían por Córdoba.

Nosotros salimos con los dos liberados. Pasamos por el pueblo de La Estrella donde habían sentido los combates. Ellos nos miraban como quien ve algo muy raro. Para mí, esta gente nunca había visto una presencia armada diferente a la guerrilla. Pasamos también por Chibolo. Allí no se percataron de lo que había sucedido.

Al salir a la troncal, el guía se quedó con un radio, para esperar a la gente que enviaba el comandante Castaño; nos fuimos para Granada, un pueblo en donde vivía uno de los secuestrados, y en donde la familia de los otros nos estaba esperando. Ellos lo sabían porque uno de los liberados había hablado con su hermano y le dijo que llegaríamos allí.

Nos recibieron como si hubieran llegado los dioses. Recuerdo cómo la familia de los secuestrados abrazaba, agradecía y casi que demostraba adoración hacia el comandante Mancuso. Le ofrecían de todo, pero en él sólo se notaba la tristeza que le provocaba el dolor y la incertidumbre de los que llegaron con una gran esperanza; y él les tuvo que dar la noticias de que no había podido liberar a su familiar; y que, al parecer, fue el único que la guerrilla alcanzó a llevarse.



El pueblo vivía una fiesta y nos hacían sentir como héroes. Llegó un momento en que le pregunté al comandante si seguiríamos para Ariguaní. Yo quería que intentáramos hacer la reunión prevista para el día siguiente. Él me contestó, con aquella serenidad que lo caracterizaba: no Rodrigo, dejemos que pasen unos días y esperemos para ver la reacción de la gente de esta región. Arranca para Valledupar que yo me voy a dormir en Montería.

Le dije: ¿cómo vas a coger carretera a estas horas? Si quieres, dormimos en Ariguaní, allí hay un hotel. Me respondió: no te preocupes que yo estoy acostumbrado a viajar de noche; así llego y prendo las velitas en la madrugada. Nos vemos a mi regreso.

En el viaje de regreso me fui pensando en todo lo que había vivido en tan poco tiempo; y mis sentimientos, es decir, esas emociones de sentir el deber cumplido y aliviar el dolor de dos familias, me producían una alegría interior y me convencían más de que ésta era la única vía; de que la guerrilla sí era derrotable: sólo se necesitaba, como me habían dicho varios comandantes, voluntad y decisión para enfrentarla. De ese primer combate salí sintiéndome más autodefensa que antes.

A los dos días supe que el tercer secuestrado había aparecido y que ya estaba en su casa. Había logrado

salir en medio de los combates y, huyéndole a los enfrentamientos, se había alejado mucho. Contó después, que caminaba en las noches para no ser detectado, hasta que pudo salir a la vía donde lo recogieron y lo llevaron a su casa.

¡Qué alegría sentí! Corrí a llamar al comandante Mancuso, pues sabía de su preocupación por la tercera persona, pero cuando lo llamé, ya él sabía de la aparición del tercer liberado. (Los liberados se llamaban Ricardo Botero, César Pitalúa y Gilo Ruiz).

Durante el resto del mes de diciembre, no volví a hablar en persona con el comandante Mancuso, pero conversábamos por teléfono sobre la situación del Departamento. Él vivía haciendo proyecciones por toda la costa. Tenía un deseo muy grande de recuperar, lo más rápido posible, a la costa de manos de la guerrilla. Me contó que ya tenía unos procesos avanzando en Sucre y Bolívar.

Nuestro proceso del Cesar, y el del departamento del Magdalena, había comenzado y se sostenía. Él proyectaba que en 1997 tenía que arrancar el proceso de la Guajira, porque era necesario enfrentar a los estados subversivos en todos sus frentes, para hacerlos desalojar lo más rápido posible de las zonas productivas.

Lo llamé para desearle una feliz navidad y un 1997 lleno de éxitos, por el bien de Colombia. Igualmente lo hice con el comandante Santiago, y así terminó el año 1996.

Fue un segundo semestre muy movido tanto para el Cesar como para mí. Conocí, en 5 meses, a los comandantes más importantes de las autodefensas en Colombia y en la costa norte. Sobre todo, empezó en mi Departamento, esta vez sí como debía ser, la segunda campaña libertadora; y, sin darme cuenta en ese momento, fue el inicio de la primera campaña mía.

En enero de 1997 acompañé al comandante Mancuso, en su primera visita al Cesar, a pasarle revista al grupo comandado por el Negro. La cual se realizó en una finca de la región de Verdecia. Allí nos encontramos con el comandante Santiago. El comandante Mancuso le habló nuevamente a la tropa en formación. Insistió en la causa antisubversiva; en el compromiso como autodefensas de recuperar la libertad para las gentes de la región; en fin, el discurso que ya había oído yo en la primera oportunidad y que sería muy reiterado de ahí en adelante. Posteriormente, se retira en compañía del comandante Santiago, el comandante Negro y tres hombres más.

El comandante Mancuso ordenó que le trajeran unos mapas que cargaba en el carro e inician la reunión. Almorzamos en el sitio. Al terminar la reunión me pidió

el favor de que lo acompañara a reconocer algunas vías en la región; para poder ubicarlas, pues necesitaban que el comandante las conociera bien.

Acepté gustoso y procedimos al reconocimiento de las vías y, de paso, de la región. Ese era uno de mis aportes: mostrar la región. Salí en compañía de los comandantes Mancuso, Santiago y el Negro y nos fuimos en un carro hablando sobre la región y las vías de comunicación.

Les reiteré: estamos caminando en la boca del lobo. Su respuesta fue la de siempre: risa. Antes de despedirnos, el comandante Mancuso me invitó a que lo acompañara en un viaje a los Estados Unidos. Le pregunté que de qué se trataba y me dijo que iría a hacerle unas averiguaciones al comandante Castaño, sobre precios de armamento y de medios de comunicación; ya que necesitaban conseguir unos radios y escáneres para las tropas. Le pregunté qué era lo de los escáneres y él me explicó que eran unos aparatos para hacerle interceptaciones al enemigo.

Me dijo que el viaje sería para principios de febrero y yo le dije que le contestaría luego, pues para esa época estaría en recolección de algodón y de arroz y sería difícil ausentarme. Él insistió en que lo acompañara, pues no quería viajar solo. Yo accedí. Emprendimos el viaje hacia Miami, donde nos dedicamos no sólo a averiguar por precios sino a

comprar armamento, municiones, medios de comunicación, escáneres, máquinas para construir la munición, pólvora y otros elementos que nos servirían para avanzar en nuestra lucha antisubversiva.

Una vez listas las compras realizamos los envíos hacia Colombia. Lo que no hubo fue tiempo para pasear; sólo lo hicimos durante un fin de semana, y eso porque los almacenes los cerraban.

A nuestro regreso, y cuando estábamos a punto de despegar, nos citaron a la puerta del avión y fuimos bajados, pues debíamos responder unas preguntas a las autoridades americanas, por traer en nuestro equipaje unas armas y por no haber pagado el impuesto de salida.

Allí nos preguntaron el porqué y nosotros les explicamos. Nos encerraron en un cuarto dentro del aeropuerto, nos separaron y llegaron unos investigadores latinos quienes nos interrogaron nuevamente. Nosotros les hablamos de la necesidad que teníamos los empresarios de Colombia de defendernos por la falta de Estado y de los ataques a los que estábamos siendo sometidos por las guerrillas comunistas, que intentaban imponernos unos Estados paralelos.

Utilizamos por primera vez el término de **narcoguerrilla**, buscando, a partir de una realidad que

ellos entendieran, explicarles en poco tiempo el fenómeno. Y lo comprendieron; pero nos dijeron que tenían que decomisarnos las dos armas que traíamos. Afortunadamente las demás compras ya estaban en Colombia. Luego, ellos se ofrecieron a conseguirnos cupo de regreso; lo que sólo fue posible hasta el día siguiente, pero que nos quedáramos en el hotel del aeropuerto por si necesitaban volver a conversar con nosotros.

Así lo hicimos y, al día siguiente, regresamos en el vuelo que teníamos previsto. Como a los tres meses llegó a mi oficina una carta del gobierno americano donde decía, que podía recuperar el arma, pero que debía pagar, en ese momento creo que eran, 300 dólares de impuesto. Eso sí, me aclaraban que no podría traerla, pues estábamos en pleno gobierno del Doctor Samper y ya había estallado el escándalo de la financiación de la campaña y, el Gobierno americano no permitía salida de armas para Colombia.

A finales de febrero o principios de marzo recibí una llamada del comandante Santiago donde me informó que estaba por la región del Vallito, en la trocha de Verdecia; que tenía una información importantísima sobre la presencia de la guerrilla, en una finca por la región de Los Venados. Ese grupo estaba esperando una plata, correspondiente al impuesto revolucionario, que los dueños de la finca debían entregarle.

Me pidió hacer contacto con los señores, para ver si era verdad y de ser así prestarle un guía. Yo conocía la región y ubicaba la finca, no con la exactitud que requería el comandante, pero sí muy aproximada. Le comenté eso al comandante y le advertí: cuidado. Por evitar un combate en su finca, los dueños pueden avisarle, por radio a la guerrilla, para que ésta se vaya, y así no quedar ellos comprometidos en la acción, si se lograba concretar la operación.

Le agregué: piénselo. Si quiere le hago el favor, ellos son gente buena, pero me preocupa el miedo que todavía manejan muchos. Terminó dándome la razón y me dijo: entonces, le tocará a usted llevarnos al sitio y si no encontramos nada nos sirve para conocer. Accedí y le dije: no hay problema, yo estoy en la oficina, me cambio y nos encontramos dentro de tres horas.

Le pregunté cómo estaba la vía Los Venados - el Vallito. Me respondió que no la conocía. Le informé que me iría por Codazzi.

Llegué atrasado porque la vía estaba muy mala. Estaban en una finca cerca del Río Cesar, había 15 hombres listos para la operación, incluyendo al comandante Santiago. Allí me presentó a un nuevo comandante quien se identificó como Daniel y me informó que era la persona que había mandado el

comandante Mancuso en reemplazo del comandante Negro.

Me le presenté y me le puse a las órdenes. Era un muchacho muy parco. Después me enteré de que era desmovilizado del EPL. Mientras repartían munición y buscaban las armas de apoyo, le pregunté al comandante Santiago que para dónde había mandado al comandante Negro porque a mí me parecía muy bueno. Me respondió: las apariencias engañan. Le pregunté el porqué y, me respondió que como él había sido policía, se había asociado con unos policías de la región y que habían estado atracando camiones en la vía para robarles la mercancía. Esa era la razón por la cual él permanecía por la zona de Cuatro Vientos y la tropa casi siempre operaba sin el comandante.

Lo supieron porque uno de sus hombres se había destapado y lo había delatado, pues al parecer le quedaron mal con una plata de uno de los robos. Después de comprobar eso, lo habían dado de baja. Simplemente dije ¡qué vaina! se veía tan buen comandante.

Arrancamos hacia el sitio de la información en mi camioneta y en otra que ellos tenían. Éramos en total 18 hombres. Ese día el comandante Santiago me entregó un fusil R-15, con cuatro proveedores y un chaleco. Me dijo: como usted irá adelante en el carro, por ser el conocedor del camino, lléveselo por si acaso pasa algo. Tuvo que explicarme su funcionamiento



porque yo nunca había portado uno de esos, aunque era muy parecido al R-9 que ya había manejado. Cogimos una vía interna que había entre ambos puntos, así no tendríamos que salir a la troncal.

Le expliqué que teníamos que pasar por tres pueblos. El comandante Santiago dio la orden de que todos se tiraran en el planchón de las camionetas, para que no fueran detectados. Así evitaríamos que algún miliciano fuera avisarles de nuestra presencia. Se les dijo que se quitaran las camisas y las gorras, pues iban todos camuflados, él hizo lo mismo.

Llegamos a un punto donde yo consideraba que estábamos muy cerca de la finca. Él ordenó parar y desembarcar. Me dijo que me podía quedar con mis dos escoltas, a los que les habían entregado también fusiles. Le dije: no, yo también voy.

Mi decisión no obedecía tanto al deseo de combatir como al miedo que me producía que los guerrillos se salieran y fueran a encontrarnos a nosotros, que solamente éramos tres. Pero él lo tomó como un acto de valentía y me dijo: usted va a mi lado. Llegamos al sitio y cuando nos tomamos la casa, resultó que no era la finca. Sentí que todos, empezando por el comandante Santiago y el nuevo, se molestarían. Uno de los trabajadores de la finca nos dijo que la finca que buscábamos estaba como una hora más adelante, a lomo de mula.

El comandante Santiago le pidió el favor de que nos llevara. Él respondió que no. Que tenía familia y se la podían matar. Mostraba un temor inusual, por lo que el comandante le preguntó qué pasaba. Él lo condujo a un lado y le informó que, el día anterior, la guerrilla había llegado a esa finca para recoger el impuesto del mes.

A esas alturas, él pensaba que éramos ejército. Explicó que la guerrilla debía estar por esos lados, pues ella se la pasaba por un caserío llamado Las Casitas, que apenas estaba en construcción.

El comandante se alegró y dijo: estamos donde es y prepárense que vamos a pelear. Le insistió al hombre para que nos guiara y éste se volvió a negar. El comandante Daniel le dijo: vea amigo, va a las buenas o a las malas. Nosotros somos las autodefensas. El hombre entró en pánico; y, mientras la señora lloraba, nos lo llevamos en contra de su voluntad.

Yo no modulaba, pues me sentía culpable de lo que pasaba con esa familia, por haber conducido al grupo al sitio equivocado.

Llegamos a Las Casitas y allí había como 7 personas. El comandante tomó el sitio y reunió a las personas, quienes confirmaron que en la casa de la finca se encontraba la guerrilla y que eran como 15, porque en

la mañana habían estado jugando fútbol. Aclararon que ellos eran los albañiles que habían sido enviados por el municipio para construir esas casas.

Preguntamos a cuánto tiempo estaba la casa y dijeron que a 10 minutos. El comandante dio una autorización al comandante Daniel, para que avanzara con el grupo que entraría de frente.

Como a los 15 minutos todos estábamos combatiendo. La batalla duró más o menos una hora con intermitencia. Cuando el comandante Daniel se tomó la casa, empezó a sentirse menos fuerte el combate. Yo estaba en la retaguardia y ya mi grupo no peleaba.

Dos de los nuestros se habían ido corriendo a apoyar un grupo que seguía peleando, pues la guerrilla estaba en retirada. Al terminar el combate se tuvo como resultado un hombre nuestro muerto, 3 guerrilleros muertos y uno muy mal herido, entre ellos, el comandante. Me acuerdo del nombre: Cañizales, información suministrada, antes de morir, por el guerrillero herido.

Recuperamos 5 fusiles. El comandante dio la orden de que 10 hombres siguieran el rastro de los guerrilleros, para intentar dar con ellos, porque la información era que llevaban varios heridos. La prueba era que había un fusil más que los guerrilleros dados de baja.

De eso hablaban los comandantes. Ya en la nochecita el tema llegó a su fin. Los que seguían el rastro regresaron sin ningún resultado. El comandante Santiago ordenó montar la comida en la casa de la finca, la cual había quedado desocupada al igual que el sitio Las Casitas y no sabíamos qué había pasado con el guía. Entre risas, los combatientes decían que con el susto ni el rastro había dejado.

El comandante ordenó organizar la seguridad y guindar las hamacas, pues dormirían allí. En ese momento le dije que yo debía irme. Él me dijo que quería aprovechar para hacer un recorrido en la región, porque veía que tenía demasiada influencia de la guerrilla. Haciendo referencia al comandante que había sido dado de baja.

Le comenté que la zona era gran productora de finanzas para ellos. Él dijo: aprovecharé para hablar con la gente y ordenó que el otro carro, con un personal me acompañara hasta la vía y nos despedimos, no sin antes felicitarlo. Me manifestó que era él quien me felicitaba por mi decisión de haberlos acompañado. Me agradó mucho ese gesto.

Para marzo de 1997 las Autodefensas realizaron una operación que, al igual que la de Media Luna, llamó mucho la atención de la gentes del centro y norte del Cesar, porque era otro santuario impenetrable desde donde el Frente José Manuel Martínez Quiroz, del

ELN, dominaba y ejercía sus poderes como Estado en lo ejecutivo, lo legislativo y lo judicial sobre el municipio de la Jagua de Ibirico; sobre las empresas carboneras que allí estaban instaladas y sobre sus contratistas.

Esta operación antsubversiva fue en el corregimiento La Victoria, de San Isidro. Recuerdo que el Comandante Santiago me invitó para que lo acompañara. En esa oportunidad conocí al comandante Rodrigo 00 quien, en su condición de inspector de las ACCU, llegó a pasar revista a las tropas que, ahora, comandaba Daniel. También aprovecharía la visita para tomar algunos datos que necesitaba para hacerles llegar las bonificaciones a las familias de algunos de los combatientes.

Posterior a la operación, el comandante Daniel explicó, delante de mí, a los comandantes Rodrigo 00 y Santiago que, dentro de la información que manejaba de inteligencia, habían aprovechado que éste era un sitio donde el frente guerrillero llevaba las mulas carboneras y desde allí se comunicaban con sus propietarios para exigir el pago de un rescate. Ésta se había convertido en una de las tantas fórmulas de financiación que utilizaba la guerrilla, es decir, secuestraban también las mulas para exigir un pago por su devolución.

El comandante Daniel aprovechó esa situación, tomó una mula transportadora de carbón y, montado en ella,

hizo la incursión al sitio, como si fuera una mula secuestrada. Explicaba que ese tema se había vuelto tan normal en esa región que, inclusive, se topó en el camino con pocos guerrilleros que andaban de a 2 ó 3 y, simplemente, lo saludaban pues suponían que era un compañero que traía la mulas.

Al llegar al sitio, abrieron las compuertas y sólo cuando la tropa, que iba escondida en la parte del vagón, saltó, fue que la guerrilla se dio cuenta, pero ya estaban en medio del pueblo. Allí se enfrentaron con la guerrilla; la cual, al ser sorprendida por las autodefensas, terminó retirándose; después de un combate que, según decía el comandante Daniel, no fueron capaces de sostener por más de media hora.

Allí, el comandante Daniel reportó unas bajas de la guerrilla y presentó a un combatiente suyo, herido en la pierna sin mucha gravedad. Incluso, dijo que ya había sido atendido en el Hospital de Codazzi, y que se estaba recuperando allí mismo, pues no había querido utilizar el permiso que en esos casos se da, para pasar la convalecencia en la propia casa.

En ese momento me enteré de esa operación. Nadie en el Cesar podía creer que ya las autodefensas hubiesen entrado a dos de los santuarios más importantes de este frente guerrillero. Esto impulsaba, cada vez más, el acompañamiento de las

comunidades al proceso de resistencia y levantamiento.

En esa oportunidad conocí la posición del comandante Rodrigo 00, quien en algunos momentos me recordaba a los comandantes Castaño y Mancuso, con la diferencia de que éste introducía a su charla con el grupo, la idea del aniquilamiento total del enemigo. Rodrigo 00 era más radical en su posición militar, pero también era muy claro en sus planteamientos políticos y demostraba una gran sensibilidad hacia las comunidades menos favorecidas.

Este comandante transmitía mucha moral a las tropas y los invitaba a luchar hasta la muerte si fuere necesario. Traía mensajes del comandante Castaño y pedía a los comandantes que se le hiciera una apreciación del área de responsabilidad.

Pude ver cómo corregía algunas apreciaciones que hacían los comandantes; lo que me dio a entender que éste, al igual que Castaño y Mancuso, era conocedor como el que más de toda el área del César, en lo que se relacionaba con el accionar del enemigo.

Eso me tranquilizaba porque demostraba tener mayor conocimiento que la mayoría de los cesarenses. Él entregaba a los comandantes mucha información acerca de los objetivos. Yo le pregunté cómo lograba

eso y él me contestó que esos análisis los conseguía con unos amigos de Bogotá.

Con él también empecé a constituir una gran amistad. Era un hombre muy disciplinado y su único tema era la guerra. Consciente de la necesidad de crecer para equilibrar el conflicto, decía que hasta que éste no se equilibrara, sería imposible pensar en una negociación.

Siempre decía que la gran dificultad se presentaría cuando las autodefensas coparan y liberaran muchos territorios, porque se constituirían en un problema para la oligarquía colombiana. Por eso decía: no tengamos prisa que esta guerra será larga y lo mejor que podemos hacer es neutralizar al enemigo y quitarle su capacidad de hacerle daño a las comunidades, pero sin ir a acabarlo hasta que no estemos posicionados políticamente.

Yo no entendía bien, pues él, primero había hablado de aniquilamiento total y, ahora, de que esto debía ser lento. Más tarde, en una invitación a su campamento, me explicó y pude entenderlo mejor, así tuviéramos diferencias en el tema. (Explicar la tesis de Rodrigo en la cumbre, donde aseguró que la oligarquía nos criminalizaría, una vez diezmado el enemigo).

A finales del mes de marzo o a principios de abril, el comandante Mancuso me llamó para informarme que



venía llegando de Barranquilla, con el comandante Santiago, y que traían a dos guerrilleros del frente Domingo Barrios, del ELN, quienes los conducirían a un campamento de este frente en la Ciénaga Grande.

Me dijo que, como el comandante Santiago andaba con él, no tenía quién le movilizara la gente de Codazzi, quienes se encontraban cerca de un sitio conocido como Cuatro Vientos sobre la vía Verdecia. Me preguntó si yo podría colaborarles en llegar donde estaba el grupo, pues la gente de Baltasar necesitaba el apoyo de 15 hombres y ya él había hecho que se movieran hacía una finca por el peaje del Copey.

No hay problema, le dije. Me dio el número del comandante Daniel y me informó que él me esperaría con la gente de apoyo; que apenas estuviera en Cuatro Vientos lo llamara. Me pidió que le colaborara lo más rápido posible, pues la información estaba en caliente y no quería perderla.

Le dije que contara con que ya salía para el sitio. Así fue y, al llegar, el comandante Daniel me estaba esperando en el mismo pueblo. Me entregaron un guía para que me llevara a la finca donde estaba el resto de la tropa y me explicaron que estaban esperando que pasara un turbo, del mismo color que los del ejército y que apenas lo tuvieran, nos veríamos donde yo debía estar; que la gente ya estaba lista para el movimiento.

No entendí, pero dije que yo los quería acompañar y llegar con ellos al sitio. Fue cuando supe cómo operaban. Al pasar un turbo blanco, de carrocería y encarpado, el comandante llamó por radio a uno de sus hombres y le dio la orden de salir a la vía e interceptar el bus que estaba pasando, para que lo cogieran para el viaje.

En ese momento no entendí porque no vi pasar ningún bus. Sólo el turbo, camiones y mulas. A los pocos minutos, por la trocha de Verdecia entraba un turbo blanco, y el comandante dio la orden de moverse.

Llegando al sitio vi unos hombres camuflados y armados hasta los dientes. El comandante se bajó y habló con un señor. Le dijo: qué pena amigo, pero somos las autodefensas y necesitamos su carro para transportarnos, porque vamos a pelear con la guerrilla y tenemos que movernos a un sitio donde nos están esperando. El hombre decía que ese carrito era el sustento de su familia. Yo sólo oía para entender. El comandante le dijo no se preocupara que se lo devolveríamos o que si quería viniera con nosotros y, luego de dejarnos, podría continuar su viaje.

El señor dijo que iba hacia Barranquilla en busca de una carga, que ya lo tenían contratado y que debía cargar ese día si no perdería el contrato. El comandante le dijo: véngase con nosotros que nos

tenemos que mover hasta El Copey el conductor dijo que mejor él manejaba su carro y los llevaba.

Le manifestaron que era imposible porque ellos tenían sus propios conductores y que tuviera la seguridad de que si al carro le pasaba algo, le cancelarían el daño.

Arrancamos. Todos, uniformados y armados, estaban adentro del turbo y con la carpa abajo. Me imaginaba el calor allí adentro. El comandante iba adelante, bien uniformado, con insignias de teniente del ejército e insignias del Batallón La Popa, que era el de la jurisdicción, y el conductor en ropa civil corte militar.

El comandante advertía a las tropas que si ocurría algún problema, todos se tiraran al monte. A esas alturas yo entendía poco. El comandante me pidió llevar a una persona en mi carro, con un radio y me informó que yo sería la mosca. Me explicó y entendí perfectamente. Yo iría adelante de ellos con una diferencia de tres minutos y les avisaría por radio si encontrábamos algún tipo de autoridad por la vía para ellos echarse al monte.

Eso no sucedió. En esos momentos nuestras carreteras estaban solo a disposición de la guerrilla, allí no existía presencia de ninguna fuerza estatal por ninguna de las vías; por eso las guerrillas hacían retenes semanales. Nos movilizamos como Pedro por su casa y llegamos al sitio donde nos esperaban.

Los comandantes Mancuso y Santiago le dieron una plata al conductor del turbo. Éste dio las gracias y le pidieron el favor de no arrancar hasta que no lo hicieran ellos. En ese sitio vi dos turbos parqueados y pregunté si era el mismo sistema se rieron y dijeron que la guerra no permitía andar de concesionario en concesionario.

El comandante Mancuso me invitó para que lo acompañara; me monté en su vehículo y arranqué con él. Volvió a darme un fusil R-9 para que lo portara, le dije ¿hoy si me va a dar la lección que no pudo darme en diciembre? y me dijo: eso espero.

Yo jamás había estado por esa zona. Al guía, que era un guerrillero, lo llamaban el Chulo y a la esposa la dejaron en custodia. Con él, desembarcamos en el sitio como a las cinco de la mañana y la operación arrancó. Como a las seis o las siete ya estábamos combatiendo. Pero, allí falló el factor sorpresa y el grueso de la guerrilla alcanzó a huir por la Ciénaga, en chalupas a motor. Como el guía nunca las mencionó, no se pudo prever esa situación.

El resultado del combate fue: 2 guerrilleros muertos, tres fusiles recuperados, mucha sangre en el sitio donde se concentró el combate y uno de nuestros hombres muerto.

El comandante ordenó continuar la operación y dirigirnos al sitio del campamento. Lo hicimos y aunque la operación duró dos días, sólo encontramos documentación que serviría para los de inteligencia, cámaras, videos, un rifle de precisión, comida, algunos uniformes muy viejos, equipos y mucha agua.

Esa operación terminó y, también, mi segundo combate. En ésta pude recibir algo de instrucción y aprendí algunas maniobras de ataque y de protección. Salí de allí muy contento pero muy agotado. Prácticamente era una zona reseca, pues estábamos en pleno verano y allí las aguas se agotan. De regreso, recuerdo bien que volvimos a pasar por el pueblo de Pivijay que era hasta donde yo conocía y, al pasar a plena luz del día por la calle principal, la gente que, según parece sintió los combates, nos hizo como una calle de honor. Muchas personas estaban al frente de las casas aplaudiendo. Fue increíble, pero hasta la policía del pueblo aplaudía y nosotros nos sorprendimos, pues estábamos preocupados pensando que al cruzar por el pueblo intentarían detenernos.

No estoy seguro si era en marzo, abril o mayo de 1997, estando en una parranda vallenata, tuve la oportunidad de conocer a FRANCISCO SANTOS. En ella fui presentado como la persona que lo podía contactar con el comandante SALVATORE MANCUSO. Le expresé que, casualmente, él se

encontraba en la ciudad de Valledupar. Yo sabía que él estaba durmiendo precisamente a tres cuadras de donde estaba la parranda, porque en el día habíamos estado conversando.

Me pidió el favor de llevarlo a donde él estuviera, pues quería saludarlo y conversar con él. Interpreté que se conocían porque habló de quererlo saludar. Le pedí que me esperara un momento, mientras me comunicaba con el comandante. Me aparté de la reunión y lo llamé. Le comuniqué el deseo de FRANCISCO SANTOS y, aunque el comandante me dijo que ya estaba durmiendo, accedió a recibirlo.

Le dije a FRANCISCO SANTOS que en el momento que él quisiera, con mucho gusto, lo llevaría a donde el comandante. Él me pidió un momento mientras se servía un trago de whisky - de contrabando, lo que acostumbábamos a tomar para entonces en Valledupar- y salimos los dos en compañía de mis dos escoltas.

Llegamos y uno de los escoltas del comandante le tocó la puerta del cuarto donde él se encontraba. Le avisó de mi presencia en compañía de otro señor y, a los pocos minutos, salió y yo vi la forma efusiva en que ambos se saludaron y el saludó al comandante con el apelativo de monito. Ahí confirmé que ya se conocían. También salió el comandante Santiago, quien se encontraba durmiendo en una habitación adyacente a

la del comandante Mancuso, y se sentaron a conversar en el kiosko.

El comandante Mancuso me pidió el favor de sentarme para acompañarlos en la reunión. En el primer tema de conversación el señor SANTOS le preguntó al comandante Mancuso cómo iban el avance y la guerra. A lo cual el comandante Mancuso responde como el más conocedor y le hace toda una exposición de la situación confirmándole el deseo de incrementar las fuerzas de la resistencia de la autodefensa en los departamentos del César, Magdalena y Guajira.

A la vez, le informó de los planes que lideraba el comandante CARLOS CASTAÑO para enfrentar a la subversión en todo el país. En este momento el señor FRANCISCO SANTOS le preguntó al comandante Mancuso que en qué quedó el tema pendiente con el comandante Castaño, sobre la presencia de las autodefensas en Bogotá y Cundinamarca.

La respuesta del comandante Mancuso fue que ese era un tema del que había hablado el señor SANTOS con el comandante Castaño en una reunión anterior y que era solamente del resorte del comandante Castaño; que, con mucho gusto, él le transmitiría la inquietud al comandante apenas se volvieran a ver.

Seguidamente, tocó el tema de su presencia en Valledupar, y explicó que se debía a que al día

siguiente lanzaría, en la plaza Alfonso López, su fundación País Libre; la cual se dedicaría a ayudar en el tema de la liberación de personas secuestradas y a sus familias. El comandante Mancuso, que era el único que abría la boca, le dijo que le parecía muy bueno, pues el secuestro no sólo afectaba al secuestrado, sino que su experiencia le indicaba que, inclusive, las familias sufrían aún más que el propio secuestrado.

En ese momento FRANCISCO SANTOS le dijo que, precisamente, no sólo por ayudar a una familia, sino porque también le serviría a la Fundación para arrancar con pie firme en Valledupar, le gustaría que le entregaran una persona que, según él estaba secuestrada por las autodefensas; que así lograría matar tres pájaros de un solo tiro: la liberación de una persona y la tranquilidad de la familia, el posicionamiento de País Libre en la región y hablaría de la voluntad de Paz de las Autodefensas.

El comandante Mancuso le dijo que por política de la Organización, si las autodefensas luchaba en contra del secuestro ¿cómo iban a dedicarse a él? Que eso no era permitido. Le dijo que, sin embargo, ahí estaba el comandante Santiago, quien le podría dar mayores informaciones sobre ese tema específico. En este momento intervino el comandante SANTIAGO y le dio la explicación al señor SANTOS acerca de la persona a la que él estaba preguntando.



Le dijo que éste personaje había estado involucrado en un acto en el que se puso una bomba a la residencia de un patriarca de la región. Que el personaje había sido ubicado y llevado a una zona del Magdalena, para obtener información sobre la red urbana a la cual pertenecía; que luego había sido dado de baja y que su cuerpo sería imposible de recuperar, pues lo habían tirado al Río Magdalena. El señor Santos lamentó el hecho, pues tenía la esperanza de hacer su lanzamiento al día siguiente, mostrando a esa persona.

Se alcanzó a tomar otro trago de whisky de contrabando, que le brindó el comandante Mancuso y terminó con el otro tema que fue más bien, o yo lo percibí así, una recomendación. Se refirió a que era verdad que la guerra debía continuar y que lo malo de la guerra era que hubiese muertos. Dijo que entonces éstos no deberían desaparecerse, pues terminarían convirtiéndose en un problema, no sólo de derechos humanos, sino también en un problema para su Fundación, puesto que los familiares solicitaban su intervención para encontrar a los desaparecidos y esto no sólo incrementaba los costos operacionales, sino la necesidad de aumentar el personal.

El comandante Mancuso, le expresó, al igual que el comandante Santiago, que tendrían en cuenta su consejo y que esperaba que en una nueva oportunidad pudieran servirle en algo similar o en lo que él

considerara pertinente. Nos despedimos y él les deseó a los comandantes éxitos en su guerra y prudencia en las acciones. Luego, nos devolvimos a la parranda donde todos esperaban la llegada del señor SANTOS pues, como en toda parranda Vallenato, cuando llegaba un bogotano se convertía en la figura central de las atenciones.

En mayo volví a verme con los comandantes. El comandante Santiago me llamó a decirme que el comandante Mancuso le había informado que tenía órdenes del Comandante Castaño de reunirse con un grupo de empresarios de la Guajira, en el municipio de Fonseca y que quien estaría al frente de esa reunión sería el Señor Santa Lopesierra.

Me preguntó que si yo los conocía. Le confirmé que sí conocía el municipio y que había oído hablar mucho sobre ese señor, pero que no lo conocía personalmente. Él pidió guiarlos. Lo que efectivamente hice apenas llegó el comandante Mancuso.

En el camino el comandante Santiago le dijo al Comandante Mancuso, después de recibir una llamada de una fuente de información, que en el municipio de Villanueva estaba uno de los comandantes del frente Luciano Ariza, del ELN, en compañía de otros guerrilleros, promoviendo una invasión. Yo les dije que nosotros pasaríamos por ese municipio, por ser un paso obligado hacia el sitio de la reunión.

El comandante Santiago le dijo al comandante Mancuso que el sujeto de la información se encontraba a orillas de carretera y que, en su maletín, tenía las fotos de todos los comandantes de ese frente guerrillero. Efectivamente, el hombre sacó de su maletín unos documentos con unas fotos que decían: “información reservada”. El comandante Mancuso, al pasar por Villa Nueva y ver realmente un amotinamiento en un potrero sobre la vía, le dio la orden de entregar las fotos a José María, su jefe de seguridad, quien venía en el vehículo acompañante; para que éste en compañía de su gente entrara al motín y, si identificaba a la persona de la foto, la diera de baja.

Nosotros continuamos el camino y en las afueras del pueblo esperamos al carro acompañante. Esta zona estaba totalmente dominada por el frente LUCIANO ARIZA y hacía sus primeras incursiones el frente 59 de las FARC. Efectivamente, por radio, José María le reportó al comandante, que la persona que estaba al frente de la invasión era quien aparecía en una de las fotos y, que ya había sido dado de baja, al igual que, no me acuerdo, uno o dos guerrilleros más que lo acompañaban.

Seguimos nuestro camino y, en inmediaciones del grupo Rondón, encontramos un retén de la policía y se nos hizo la señal de “PARE”. Nos pidieron

identificarnos y así lo hicimos. Los policías, al ver la cantidad de armas que portaba la seguridad de los comandantes -las cuales estaban amparadas por una CONVIVIR- reportaron el caso a su superior, quien dio la orden de trasladarnos al comando de policía del municipio de Barranca (Guajira).

Allí fuimos reseñados y encarcelados. El comandante Mancuso le hizo saber la situación al comandante Castaño; posteriormente, el comandante Castaño lo llamó y le hizo saber que ya estaba manejando la situación y que muy pronto lo llamaría un coronel con el nombre de Danilo.

En la noche, al comandante Mancuso habló telefónicamente con el comandante Castaño. Luego se comunicó con el señor Danilo González quien le informo que ya todo estaba listo y que al día siguiente llegaría él personalmente, quien arreglaría la situación. Volvió el comandante Mancuso a conversar con el comandante Castaño quien le afirmo que, además de esas gestiones, él ya estaba moviendo al comandante RODRIGO DOBLE CERO en compañía de 18 a quien aún no conocía. Le dijo que si no resultaba la salida por la vía de señor Gonzales, se tomarían el sitio donde nos encontrábamos retenidos y nos liberarían.

En la mañana siguiente, fuimos trasladados a la fiscalía del municipio de San Juan, donde empezaron

a tomarnos declaración a cada uno, pues éramos como diez.

De pronto, le avisaron al comandante Mancuso, que una persona lo estaba necesitando afuera. Él dijo: debe ser el emisario de la policía de Bogotá. Salió y habló con la persona. Cuando regresó nos dijo que todo se iba a arreglar; que la persona que había llegado era un miembro de la policía, a quien llamó **DANILO GONZÁLEZ** y que venía con una orden del comandante de la policía, para dejarnos en libertad.

Comentó que este señor se estaba reuniendo con los jueces o fiscales y que había que conseguir una plata, indispensable para conseguir nuestra libertad. Y así se hizo. No retengo bien si fueron 30 ó 50 millones. También dijo que dos de sus hombres se tenían que quedar. Y los señaló diciendo: tú y tú se quedan, que yo los saco más adelante.

Estas reuniones con el señor de Bogotá, las realizaba el Comandante Mancuso en la parte de afuera del sitio donde estábamos nosotros. Yo solamente alcancé a ver al señor en la conversación que sostenía con el comandante. Nosotros fuimos dejados en libertad ese mismo día y a los dos muchachos del comandante los trasladaron a la cárcel de Riohacha, donde fui a visitarlos y a llevarles un saludo de parte del comandante, y creo que alguna plata, no recuerdo bien.

En este primer semestre, después del incidente de la Guajira, pude concretar la invitación que el comandante Castaño me había hecho el año anterior. Estuve unos ocho días aproximadamente en compañía de los comandantes Castaño y Mancuso. Fue una visita muy importante para mí, pues tuve la oportunidad de conversar, por varios días, con el comandante Castaño acerca de la organización de autodefensas y sobre la noción de país por la cual éstas luchaban.

Siempre pensé que la misión no debía ser solamente derrotar militarmente al enemigo, sino buscar algunos cambios que consideraba en es momento, como lo sigo considerando todavía, necesarios para que el país pueda refundarse. Yo soñaba con tiempos donde la violencia entre hermanos no fuera el común denominador.

El comandante tenía más claro que yo, cuál era el país para todos. Por eso, con estas conversaciones yo conseguía fortalecer mi espíritu de autodefensa queriendo sentirme cada día más un hombre integral de las autodefensas. El comandante Castaño estaba muy molesto conmigo, y decía que no quería verme metido de lleno en la parte de la guerra militar.

Me expresó que el comandante Mancuso al igual que el comandante Santiago le habían comentado que yo

los había acompañado en un par de combates. El comandante Castaño casi que con una orden me dijo que no quería volver a oír que estaba metido en operaciones militares, pues él consideraba que yo podía servirle mucho más a la organización en lo político y en lo social.

Él decía que un combatiente se reemplazaba con más facilidad; pero que un militante que ayudara a abrir puertas, que tuviera la capacidad para asistir a cualquier reunión y entablar o sostener cualquier tipo de conversación era muy difícil de encontrar. Más en esos momentos, cuando hablar de autodefensas en determinados escenarios era de mucho cuidado, pues el poder que tenían las guerrillas, quienes habían penetrado todas las esferas políticas, militares, económicas, religiosas y culturales, era tan grande que muy pocos se atrevían a poner el tema; y que él sabía que yo, ya para entonces, era un abanderado del tema del derecho a la legítima defensa, a la resistencia civil, y a la autodefensa.

Me comprometí con el comandante Castaño a seguirle el consejo y a acatar sus recomendaciones. Le dije que mi único deseo era ayudar a que, de la manera más rápida posible, se derrotara a los Estados que la subversión nos había impuesto en nuestra región. Él insistió en que para eso estaban las tropas y que ya llegaría el escenario desde donde yo podría ayudar

mucho más al posicionamiento de la organización como fenómeno político.

Después de esa estadía, salí más convencido que nunca de que yo era un hombre de la resistencia y de que yo era un hombre de las autodefensas, así no portara el uniforme ni el fusil. Entendí que en la guerra que vive Colombia son más importantes los hombres y mujeres desarmados que los armados. Concluí que el fortalecimiento de los enemigos de Colombia no estaba tanto en las fuerzas armadas que los representaban, sino en las fuerzas políticas y sociales que las acompañaban.

Fue allí donde me quedó muy claro lo de la guerra irregular y lo de la combinación de todas las formas de lucha, es decir, reconocí que la guerra apenas estaba en sus inicios, pues la confrontación armada solo abriría el espacio político para la confrontación ideológica, que es la verdadera lucha.

Mientras estaba reunido con el comandante tuve la oportunidad de escuchar el reporte, por radio, que el comandante Santiago le hacía al comandante Castaño, sobre una operación antsubversiva en el caserío los Brasiles, municipio de San Diego – César. Zona conocida como centro de operaciones del Frente José Manuel Martínez Quiroz, del ELN. El comandante reportaba las bajas de un sinnúmero de enemigos y



que la operación había sido exitosa, gracias a un ex miembro de este frente guerrillero, quien se había entregado a las tropas de la zona.

Mi regreso se adelantó porque, estando reunido con el comandante Castaño, llegó el comandante Baltasar que estaba de permiso en la zona diciendo que necesitaba un carro urgente para regresarse, porque sus tropas habían tenido un fuerte enfrentamiento con el Frente 19 de las FARC, cuando trataron de evitar un retén que éste iba a instalar en la Loma del Bálsamo y allí había tenido 5 bajas, entre ellas, uno de sus comandantes conocido como Papayón del que, al parecer, era muy amigo.

Estaba muy dolido con lo sucedido y muy enojado, porque, al parecer, la tropa que debía apoyar a los que combatían se demoró demasiado en llegar al sitio del enfrentamiento y eso fue lo que benefició al enemigo.

Dijo que él tenía que llegar para enviar los cuerpos a sus familias y ponerse al frente del grupo; que intentaría metérsele al grupo que le había dado el golpe; que ya había hablado con el comandante Santiago para que le alistara el apoyo para esa operación. Le informó al comandante Castaño que su gente le reportaba 3 bajas del enemigo y la recuperación de un fusil. Yo me ofrecí para trasladarlo y llevar al comandante Baltasar hasta donde estaba su gente, así que arrancamos enseguida.

Me volví a reunir con el comandante Santiago en Valledupar para comentarle mi conversación con los comandantes superiores y para felicitarlo por los avances en mi Departamento. Me comentó que el éxito se debía a que la sociedad se comprometía cada vez más con el movimiento de resistencia y a que, cada vez, se notaba más en la sociedad la disposición de cortar los vínculos que todavía se mantenían con la subversión, pues ella seguía con una enorme influencia en la región.

Me comentó, además que, por intermedio de Jorge Gnecco, algunos amigos le habían traído unos guerrilleros muy importante de los Frentes 41 de las FARC y Martínez Quiroz del ELN, con los cuales arrancarían una serie de operaciones en el sector del Perijá, con las cuales esperaba que, al finalizar el año, el César y el Magdalena sintieran por todas partes la presencia de las fuerzas anti - guerrillas.

Entendí que la estrategia de guerra era hacerle sentir al enemigo que las autodefensas eran muchas y que ya estaban por todo el territorio departamental y así fue. En esa reunión se lamentó mucho pues había tenido una pérdida grande entre Bosconia y Valledupar: había perdido, en un retén hecho sobre la troncal, por el Frente 6 de Diciembre del ELN, al comandante Elkin conocido anteriormente como, el comandante Leonel de ese mismo frente que lo dio de

baja. Me contó que al caer en él, intentó devolverse en el carro, pero cuando lo reconocieron abrieron fuego contra el vehículo.

Este comandante dijo que Elkin había sido el guerrillero, que más golpes le había dado a la sociedad vallenata y el responsable de Valledupar, por parte del ELN. Dijo que lo había capturado el grupo personal de Jorge Gnecco, en Cartagena, y se lo había entregado al comandante Santiago, quien después de haber hecho un sinnúmero de operaciones antsubversivas en la zona de influencias de él, lo había incorporado como comandante al grupo de 12 hombres, que él había conformado en las afueras de Valledupar hacia Río Seco: precisamente la zona donde él comandó como guerrillero.

Durante todo ese año de 1997, y posterior al mes de junio, se incrementaron las operaciones antsubversivas contra las estructuras armadas y de milicias en los territorios donde establecían sus frentes para Estados los frentes 41 de las FARC, 6 de Diciembre y José Manuel Martínez Quiroz del ELN. Hubo operaciones en Valledupar y sus alrededores, Codazzi, Becerril, Casacara, la Paz y la Jagua de Ibirico. Inclusive, en una de esas incursiones retuvieron a los hermanos del comandante Milton del frente José Manuel Martínez Quiroz del ELN, quien mandaba en la región del Perijá, y era el responsable de los

secuestros que se hacían en esa región y en Valledupar.

Mientras el comandante Castaño tuvo a esta gente retenida, porque se me informó que el comandante Santiago las habían llevado para el Urabá, se pararon los secuestros que hacía ese Frente, pero cuando los soltaron volvieron a revivir la pesadilla.

Personalmente pude acompañar al comandante Castaño en una de mis visitas y escuchar una conversación que, por radio sostuvo, con el comandante Milton, donde éste le pedía que respetara la vida de sus hermanos y que los soltaran pues ellos no eran actores políticos de esta guerra. El comandante le respondió que al igual que todos los secuestrados que tenía el ELN, que los soltaran a todos y él soltaría a sus hermanos, ese día la conversación llegó a ese punto y quedaron en mantener abierta la línea para seguir conversando.

Tiempo después me enteré de que el comandante Castaño los había canjeado por unos ingenieros de unas empresas carboníferas, que estaban secuestrados en poder del Frente Martínez Quiroz del ELN.

En los primeros días de agosto de ese año, el comandante Castaño me invitó a una reunión y me pidió que llegara a Montería; que luego me dirigiera a

la finca donde nos habíamos conocido y que al llegar allá avisaran que estaba allí. Al llegar me hizo desplazar, con un muchacho que, si no estoy mal, se llamaba Chocolate, a un sitio conocido como la 7.

El comandante era una persona que, cada vez que hablabas con él te preguntaba mucho por la región y por el comentario de la gente de bien sobre el proceso que llevaban las autodefensas en la zona. Era como una preocupación permanente de que no hubiera excesos. Yo siempre le hacía mis apreciaciones y en eso se nos iba buena parte del día. Después de almorzar me pidió el favor de que si podía viajar a Bogotá y reunirme con el señor Francisco Santos, para darle un saludo de parte de él y llevarle una razón.

Le dije que no había problema. Le pregunté que para cuándo y me dijo que buscara la cita lo más rápido posible. Él ya sabía de nuestra reunión en Valledupar. Le dije que buscaría a la persona que nos había presentado porque yo no me había quedado con un número, el día que lo conocí. Me dio la razón que debía llevar y las gracias de antemano. Dijo que solamente le confirmara; me dio un número telefónico y un nombre para que, con esa persona, le confirmara la realización de la reunión. Nos despedimos y yo salí animado pues ya estaba posicionándome como alguien de confianza del comandante Castaño.

Así el mensaje fuera muy corto era representación de él. Me esmeré por hacerle el favor lo más rápido posible. Llamé a la persona que nos había presentado, y le pedí el favor de que se contactara con el señor Santos, para ver si me podía recibir 5 minutos, que no le quitaría más tiempo, pues le tenía una razón del comandante Castaño. Me dijo que cuando estuviera en Bogotá lo llamara, que con mucho gusto me daría la cita.

Así sucedió, y a mediados de agosto, estando en Bogotá, me avisaron que me recibiría a las 8 ó 9 de la noche en un restaurante que se llamaba Carbón de Palo, de la 106 con 19, o algo así. Estaría allí porque tenía una comida; que por favor llegara puntual para poder hablar, antes que llegara la compañía que esperaba. Yo llegué, lo saludé y le dije que no le quitaría sino 5 minutos. Me preguntó que si me tomaba un whisky, se lo agradecí, pero le dije que un vaso con agua era suficiente. Me preguntó que por qué y yo le contesté que estaba dejando el trago. Se rio me dijo que eso era imposible en un vallenato.

Le di los saludos de parte del comandante Castaño. Me dio las gracias y me preguntó cómo iba todo. Le dije que muy duro pero que las autodefensas estaban dispuestas a cambiar la balanza del conflicto; que nuestra región estaba tan acostumbrada a la violencia que nos propinaban las guerrillas, que las acciones con las que respondía la resistencia ya no aterraban,

por duras que fueran, porque así de duro había sido el ataque en los últimos diez años.

Me expresó que definitivamente la guerra era muy cruel y que ojalá hubiese métodos humanos. Yo le dije que la única forma era acabándola y que sin un Estado que garantizara los derechos mínimos de los civiles, éstos cada vez tomarían más la opción de la violencia; que, definitivamente, ésta era una guerra entre el pueblo.

La charla ya llevaba como 10 minutos, cuando procedí a darle el mensaje del comandante Castaño, el cual consistía en decirle que había recibido el mensaje de parte del comandante Mancuso, pero que, por ser la capital de la República, no podía mandar una fuerza con cualquier comandante al frente; que estaba buscando la persona ideal; que ya tenía lista la tropa y a penas tuviera el hombre indicado entraría a operar en la Capital y en el Departamento.

Dio por recibido el mensaje a los pocos minutos me dijo: llegó la persona que estaba esperando. Era una mujer. Yo le agradecí la amabilidad de haberme recibido y nos despedimos, pues ya se acercaba la señora.

Para octubre de ese año, el comandante Castaño me invitó a una nueva reunión que tendría en Uraba y quería que lo acompañara. Yo asistía a todas las

invitaciones que me hacía. En esa oportunidad, nos recibieron en una finca campamento que llamaban la 7; de allí nos llevaron a otra finca como a una hora y nos hospedaron. Asistieron varias personas que se presentaron como empresarios, de diferentes partes del país; y así era, pues cada quien hablaba de su región. Yo solo escuchaba, porque estaba cansado y quería acostarme.

Ya nos habían avisado que el comandante se encontraba en reunión con varios comandantes y nos atendería al día siguiente; que tendríamos que coger carretera temprano para llegar a la hora de almuerzo., La salida fue muy temprano: 6 de la mañana. En el camino llegamos a otra finca donde nos esperaban para desayunar, allí duramos como hora y media y continuamos el viaje hasta llegar a un sitio donde había muchos hombres camuflados y armados.

Conmigo llegaron como 10 personas; otra vez todos sin nombre ni apellido, sólo el saludo, es decir, allí nadie tenía cómo llamar al compañero. Esto siempre me causaba risa, pues yo ya había aprendido la lección, entonces tampoco tenía nombre.

Entramos en una casa donde había un salón grande, mucha gente camuflada y otros sin camuflado pero todos armados. Enseguida se levanto el comandante Castaño, nos dio la bienvenida y dijo en voz alta: estos son algunos de los empresarios y líderes políticos



amigos de las autodefensas; en ellos soportaremos nuestro proyecto político. No sabía a qué se refería pero me imaginaba que tendría que ver algo con nuestra conversación en su campamento donde había dicho que habría personas que saldrían al ruedo cuando los fusiles hubiesen cumplido su misión.

Me imaginaba que algo de eso era a lo que se refería. Enseguida distinguí al comandante Mancuso y al comandante Rodrigo 00, con quien había hecho buena empatía, cuando estuvo supervisando las tropas del comandante Santiago, en el Cesar. Los fui a saludar y ambos me recibieron con mucho agrado. Los comandantes Mancuso y Rodrigo le decían al comandante Castaño que él me quería en lo político y ellos me querían en lo militar. Ante ese halago, simplemente, les respondí que lo único bueno era que autodefensa sí era; aunque no sabía en cuál misión, pero hacía parte de la resistencia del Caribe. Ellos me respondieron: No, de la resistencia de Colombia; me eché a reír.

En esa reunión conocí a quien más tarde fuera el comandante Alemán. Recuerdo que era uno de lo que no tenía nombre; pero lo que me impresionó fue su juventud, se veía demasiado joven, de poco hablar y de mucho escuchar; pensé que era por su corta edad, en comparación con quienes estábamos allí.

Nos presentaron a todos los comandantes que estaban allí. Entre ellos conocí al comandante Adolfo Paz, quien fue el encargado de hablar, en horas de la tarde, de la necesidad de empezar a construir el partido político que se llamaría “**ALIANZA POR LA UNIDAD DE COLOMBIA**”, para mantener las letras de la sigla que a partir de la unificación tomaría el movimiento de Autodefensas Unidas de Colombia – AUC-.

Este partido sería la representación de las Autodefensas, cuando éstas hicieran el tránsito de lo ilegal a lo legal, para continuar la lucha por los cambios que necesitamos en Colombia. Allí mismo conocí a los comandantes Carlos Correa, Pedro Ponte, Camilo Morante, a un sobrino del comandante Juancho Prada, al Teniente Isaza, en representación del comandante Ramón Isaza y a Clodomiro Agamez, quien llegó en representación de los grupos conocidos como los Carranceros.

El comandante Carlos Castaño tomó la palabra después de las presentaciones, y nos contó a los invitados que esa reunión se trataba de la unificación de todos los movimientos de autodefensas en el país en una sola organización y que habían estado reunidos tomando decisiones importantísimas para el futuro del movimiento de resistencia civil de autodefensas.

Hizo una intervención en la que expuso el modelo de país que queríamos las mayorías sociales y la necesidad de crecer en todo el territorio nacional, para poder enfrentar de tú a tú a la subversión y derrocar los Estados que estaban construyendo. Se refirió a la necesidad de empezar a aglutinar al pueblo alrededor de la causa antiliberal y de empezar a movernos en las ciudades que las FARC habían tomado como centros estratégicos para su toma del poder.

En ese tema tomó la palabra el comandante Rodrigo 00 y explicó que se trataba de las ciudades de Bogotá, que era el objetivo principal, Medellín, Cali, Bucaramanga y, en la Costa Atlántica, Barranquilla; que eso había quedado establecido en una conferencia de las FARC, y sobre ese objetivo trabajarían ellas. Por lo tanto, había que empezar la lucha antiliberal en esas ciudades, donde ya tenían infiltrados sus cuadros en los estamentos políticos, económicos, sociales, educativos, culturales y espirituales, lo que implicaba que todos trabajaríamos buscando amigos que ayudaran en la construcción y fortalecimiento del movimiento de resistencia civil.

Posteriormente, hizo una intervención el comandante Mancuso. Agradeció la presencia de los empresarios y el compromiso con la paz de Colombia; expresó que el único camino que había para lograr las condiciones para negociaciones de paz era fortaleciendo las

verdaderas fuerzas armadas del pueblo, que eran las autodefensas; pues sólo derrotando o recuperando los territorios, que la guerrilla le había arrebatado al Estado de derecho, podríamos llegar a la paz. En pocas palabras dijo las autodefensas eran indispensable para la paz del país. Yo sentía mucha seguridad de que ese hombre decía la verdad.

Después, el comandante Adolfo Paz habló sobre el proyecto político y, enseguida, empezó una especie de mesa redonda, donde todo el que quería hablar lo hacía. Nos cogió la noche en el sitio, entre charlas y charlas nos dijeron que nos quedaríamos durmiendo allí. El comandante Castaño se despidió y con él se fueron algunos de los comandantes que estaban en la reunión y que debían viajar, sobre todo, los que estaban de civil.

Nos quedamos hablando hasta tarde; había hacinamiento en el lugar, pero allí nos acomodamos. Los que llevaron la peor parte fueron los comandantes. El comandante Rodrigo 00 me invitó a quedarme con él un par de días. Acepté la invitación y fueron dos días muy provechosos. Este comandante era el más militar que había conocido de todos, incluyendo a los comandante Castaño y Mancuso; con un planteamiento muy antisubversivo, pero también muy en contra de la oligarquía colombiana., Decía que lo que tenía jodida a Colombia, y nos mantenía en guerra

era la oligarquía (viéndola como el gobierno de unos pocos).

Yo nunca me había detenido a pensar en la realidad de esas palabras; de pronto porque el entorno donde me movía, que con toda las dificultades que nos producía el enemigo, sentía que vivíamos bien, y no me daba cuenta de lo mal que vivían muchos otros. Esos dos días me sirvieron para tomar conciencia de las grandes inequidades que hay en el país y de la falta de compromisos de unos pocos, que son los dueños del poder, para trabajar en beneficio de las grandes mayorías sociales de este país.

Además, en esos dos días visitamos la escuela de entrenamiento, que estaba bajo su responsabilidad y pude escuchar una instrucción que él dirigió durante 3 horas. Lo acompañé. Vi mucha gente joven, en su mayoría campesinos e hijos de campesinos, también muchos ex soldados y policías, pero pocos hijos de gente pudiente. Me di cuenta de que la guerra la hace la clase media y, más aún, la baja, en beneficio de pocos. Allí entendí que era necesario hacer cambios en el país, para que la opción de la guerra no fuera la única oportunidad de muchos. El comandante que dijo que eso sólo se puede lograr mediante una lucha política y que, por eso, es que hay que combinarla y me dio toda una cátedra sobre esa estrategia y cómo la utiliza la guerrilla. **(Explicar que nuestra bases ideológicas nacen del pensamiento Social**

**demócrata; en este momento quisiera aclarar que tanto las Autodefensas como las guerrillas han estado en contra de la oligarquía Colombiana con una gran diferencia, mientras la guerrilla quiere destruirla y formar su propio estado oligárquico, nosotros queremos criticarla para que ella cumpla con sus funciones, por eso apenas nos dimos cuenta que el Estado empezaba a cumplir con la función fundamental de la seguridad, nosotros depositamos nuestro poder militar a favor de nuestra posición política y social).**

Después de esa experiencia, me faltó poco para quedarme en la escuela y hacer mi curso, pero en esos momentos los negocios lo impedían; porque el curso duraría mínimo 30 días, y eso, haciendo una excepción conmigo.

Regresé a mi región buscando al grupo de El Mudo, pues el comandante Mancuso me pidió el favor de que se los llevara, porque ya alguien le había hablado de ellos y él pensaba que los podía reclutar para la organización.

Mientras concretaba el favor del comandante Mancuso tuve el primer altercado con el comandante Santiago, con quien, hasta ese momento, había mantenido una buena relación. Un día saliendo de mi casa a las 5 de la mañana, pues tenía programada una vacunación de ganado, me encontré en la esquina de mi casa a dos hombres de las autodefensas a quien conocía pues

uno de ellos, de nombre Camilo, era el jefe de los comandos urbanos que operaban en Valledupar y yo lo había conocido cuando estaba en la seguridad del comandante Mancuso.

Me le acerqué a preguntarles qué estaban haciendo en esa esquina, tan temprano, y me dijeron que iban a cumplir una orden del comandante Santiago. Les pregunté que a dónde y me señalaron que era en esa misma esquina. Le dije que cómo así, que iban a dar de baja a alguien casi al frente de mi casa, que si se podía saber de quién se trataba; porque por allí, que yo supiera, no vivía ningún guerrillero, aunque casos se habían visto. Cuando me informaron de quién se trataba, les pregunté y ¿por qué?, me dijeron: por guerrillero. Les dije: “muchachos, aquí hay una equivocación, si ese señor es guerrillero, yo soy más guerrillero que él; pues su participación con la guerrilla sólo se ha limitado a tener que pagar un rescate por su hija. Por favor acompañenme y vamos donde el comandante Santiago”.

Ellos me dijeron que él se encontraba por la zona de Codazzi, que volvería por la noche y esperaba que ya estuviera ejecutada la orden. Les dije: vengáanse conmigo a la finca y en la noche yo hablo personalmente con el comandante y asumo la responsabilidad. Si me toca hablar con el comandante Castaño lo hago pero, amigos, ustedes van a cometer un error grave.

Ellos al ver cómo les hablaba, y mi preocupación, aceptaron, no sin antes decirme: usted responde por lo que suceda con el comandante; les dije: tranquilos.

En la noche cuando regresamos de la finca llamé al comandante Santiago para que me recibiera porque necesitaba hablar con él urgente; petición que aceptó enseguida. Nos citamos en su base como la llamaban. Al llegar se sorprendió de que yo anduviera con el comandante Camilo y su hombre. Me dijo y ¿usted no es el que no quiere que lo vean con los hombres de las autodefensas y anda con el comandante del comando urbano de Valledupar? Le expliqué el porqué; al principio se quiso molestar con ellos; le dije que asumiría la responsabilidad ante la instancia que fuere necesario, pero que si él estaba allí para matar inocentes yo no le jalaría más al acompañamiento que estaba realizando y me dedicaría a evitar que el proceso avanzara.

Me dio las explicaciones de las pruebas que tenía y yo se las desmentí explicándole el secuestro de su hija. Me dio la impresión de que la información la había recibido de algún enemigo político del personaje y así se lo hice sentir. Me respondió que era una fuente de mucha credibilidad, pero nunca pude sacarle quién le había dado esa información y otra similar, que ya había también ordenado ejecutar; acción de iguales características, con un inocente como su objetivo.



Después de una fuerte discusión, terminé imponiéndome, pues mi posición de retirarme y hablar directamente con los comandantes superiores lo hizo recapacitar y me pidió le diera un tiempo para revisar sus informes de inteligencia. A lo que le dije: háblate con quien te quiere utilizar para quitarse un enemigo de encima y no le gastes tiempo buscándole vínculos con la guerrilla, que a uno le tocó pagar el secuestro de su hija y debe estar debiendo una cuota; y, el otro ha sido como yo, colaborador de la guerrilla, porque sus empresas están ubicadas en zonas estratégicas de corredores de la misma.

Yo le insistí: la guerra no se gana acabando con la gente de bien, ella se gana el día en que acabemos con el enemigo. La discusión llegó hasta allí. Nos excusamos ambos por habernos alterado y me pidió prudencia con los mandos superiores. Me dijo que si él tenía la razón, antes de actuar me llamaría para mostrarme las pruebas. Le dije: no hay problema, sé que nunca me llamará para eso. Nos despedimos y les dije a los muchachos; vieron, yo conozco mi gente.

Al concretar la cita con Los Mudos, en el mes de noviembre, se los llevé hasta un campamento que él tenía por un pueblo que se llamaba Ralito. Habló con ellos; eran 7 en total o eso fue lo que dijeron. Su jefe se llamaba Orinson y vivían en pleno barrio San Martín

en Valledupar. Allí los recogí; todos iban armados con pistolas y revólveres.

El comandante los recibió y les agradeció su presencia. La idea, según lo que entendí, era que se sumaran a las fuerzas bajo el mando del comandante Santiago, quien también asistió a la reunión, pues viajó conmigo. La preocupación era que ellos no podían seguir matando por encargo y, menos, gentes que no tuvieran que ver nada con guerrillas. Se les dijo que eso no tenía sentido ni causa; que era sólo un negocio. Ellos insistían en que era su negocio y que les diera la parte urbana de Valledupar, que ellos se encargaría de darle de baja a nuestros enemigos.

El comandante les dijo que para eso tenían que pasar por la escuela. Dijeron que ellos no estaban para escuela; que conocían su trabajo; y, además, fueron reiterativos en que tenían todo el contacto con la policía en Valledupar para hacer lo que quisieran. La reunión terminó y el comandante Mancuso les dijo que si los necesitaba les mandaba a decir para probarlos.

Le pidieron que los apoyara con uno fusiles y que les diera una zona de responsabilidad, pero él insistió en que, para ello, tenían que pasar por la escuela. Quedaron en que él les avisaría si quería probarlos. Les pidió mucha prudencia con sus trabajos y les dijo que esperaba que pensarán su entrada a las autodefensas.

Aproveché la oportunidad para comentarle lo sucedido con el comandante Santiago y mi determinación de alejarme de ellos, si llegaran a hacer acciones contra gente que no tuvieran nada que ver con la guerrilla, porque, para entonces, el comandante no volvería por Valledupar pues ya había salido su primera orden de captura y no se podía mover como antes. Me respondió que no me preocupara. Le pedí el favor de que me consiguiera el nombre de la persona que le dio la información al comandante Santiago.

Quedó comprometido conmigo en conseguirla y dármele. Pero nunca fue posible porque el comandante guardó con mucho recelo su fuente. Consideré que, como ya él socializaba con mucha gente de la sociedad vallenata, algún amigo o conocido le hubiera dado la información, aprovechándose de la amistad y éste por desconocimiento de nuestra gente hubiese sido utilizado.

Le pedí el favor al comandante Mancuso de que guardara la prudencia con lo que le había contado, porque no quería más fisuras que habían sido ya superadas. Me tranquilizó su respuesta de prudencia. Nos despedimos y regresamos.

El año 1997 terminó entre operaciones antsubversivas por todo el departamento. El comandante Santiago estaba dedicado al crecimiento de los grupos bajo su mando, su balance era positivo, había tenido como 30 bajas durante el año en sus tropas y tenía como 5 detenidos. Dentro de las bajas se encontraban dos comandantes el Negro y Elkin. Había recuperado buen armamento del enemigo y, con ello, había incrementado sus estructuras armadas. Él se encontraba cada vez más en Valledupar y había asumido también funciones financieras, porque había colaboradores que les tocaba visitar personalmente, según los datos que le pasaba Jorge Gnecco.

Eso le quitaba tiempo en la parte militar, pero a la gente le agradaba el trato del comandante, a tal punto que comenzó a socializar con mucha gente de la región y eso contribuyó mucho a que la gente ayudara cada vez más a financiar la resistencia.

Ya había empezado a reclutar gente de la región y eso era importante, pues nadie como los dolientes pelean mejor, por su tierra, por su familia, por su futuro; además, para nosotros, el saber que en la región ya había gente dispuesta a levantarse en armas, nos daba la idea de que poco a poco se empezaba a perder la idea de que la guerrilla era invencible y se comprendía que la opresión podría ser derrotada por una resistencia regional.

Nos despedimos, pues él tenía permiso para viajar a pasar las fiestas de navidad y año nuevo con su familia. Yo pensaba que descansaban en estas fechas, pero no. Decían que era en las fechas que más había que dedicarse a la guerra, porque el enemigo esperaba que se dieran lo que llamaban “papaya” para dar los golpes.

Entonces, los permisos eran limitados solamente para los más destacados en el año o para los que por turno tuvieran ese derecho. Los mandos acostumbraban a salir en esas fechas unos para el 24 de diciembre y otros para el 31. Les deseé a los comandantes Castaño, Mancuso, Rodrigo y Santiago una feliz navidad y un 1998 lleno de triunfos; agradeciéndoles, a nombre de los cesarenses, su dedicación y sacrificio por nuestra libertad. Les dije que nos volveríamos a ver el siguiente año, pues yo sí saldría de vacaciones.

Hacia finales de enero, me encontré al comandante Santiago en un baile, en el Club Valledupar. Me sorprendí, porque él me había dicho que ya estaba en la zona, pero copado de trabajo; que después hablaríamos y me adelantó que tenía muy buenas noticias.

Me le acerqué y le pregunté: ¿qué haces aquí? Me contestó que había llegado ese día a Valledupar y que unos amigos lo habían invitado a la fiesta. Para entonces ya se había conocido con mucha gente,

debido a que realizaba gran cantidad de reuniones en las zonas por donde andaba el grupo; y, también, a que él, personalmente, recogía algunas contribuciones en la ciudad.

Noté que algunos lo saludaban. Su mesa estaba muy cerca de la mía. Él quiso entablar conversación ya entrada la noche, pero, previendo los efectos del trago y el ritmo de la fiesta, le expresé que no era el sitio ni el momento para sentarnos a hablar. Lo entendió, y me invitó a que lo acompañara, el día siguiente, a Pailitas.

Le pregunté qué pensaba hacer por esos lados y me contó que recibiría al grupo de Jimmy, porque le habían ampliado el área de operaciones y necesitaba ir a recibir parte de la tropa y a conversar con el comandante. Lo felicité, diciéndole que debía ser una forma, de los comandantes superiores, de reconocerle su labor del año anterior. Me respondió, que tal vez, pero que él sólo cumplía órdenes.

Rechacé su invitación diciéndole que trasnocharía y que, además, el lunes siguiente tenía un compromiso de negocios al que no podía fallar, Sin embargo, le dije que, apenas él pudiera, me gustaría que conversáramos, para que me explicara cuáles eran todas esas nuevas que traía.

Esa reunión que se llevó a cabo los últimos días de enero, en una finca por la región de Las Raíces. Allí, me explicó todo el trabajo que tenía y sus nuevas responsabilidades. Me contó que, además de haber asumido la zona y la gente que estaba al mando del comandante Jimmy, había incrementado el grupo de Baltasar y había organizado un nuevo grupo de guerra en la Zona Bananera; pues, hasta ese momento, las operaciones que realizaban en esa zona las hacían con las tropas del comandante Baltasar.

Me contó que Gnecco había logrado un fuerte apoyo entre los empresarios de esa zona, debido a que sentían que la guerrilla los estaba acabando. Dijo que allí las cosas serían muy duras porque existían varios corredores estratégicos entre la Sierra Nevada y Barranquilla. Además, era una zona muy productiva y que la guerrilla la pelearía a muerte.

Igualmente, me contó que ya le había conseguido el comandante al grupo que operó bajo el mando del comandante Elkin; que, era un cabo retirado del ejército, muy bueno y cachaco. Le dije que ese no se amañaría por estas temperaturas; él me comentó que venía de pelear en las Autodefensas del Magdalena Medio.

Se lamentaba de que éste era el único grupo que no había podido crecer como él quería. Comentó que era una zona en la que, por la fuerte presencia guerrillera,

la gente todavía no contribuía con aportes, de la manera como se necesitaba.

Me explicó que había hablado con algunos empresarios de la región y que existía mucha desconfianza y malestar por haber puesto en esa zona al comandante Elkin, porque cuando estuvo comandando esa zona para la guerrilla fue quien más los violentó. Concluimos que la gente de la zona nunca pudo entender que, en la guerra, se neutraliza más rápido al enemigo cuando se le combate con su antigua gente, pues la información que ellos poseen es mucha y precisa. Quedé en ayudarlo un poco con la gente de esa zona.

Estando en medio de la reunión lo llamaron urgente de parte del comandante Baltasar, para informarle que estaban en combate con el Frente 19 de las FARC, en la zona entre Bella Vista y Santa Rosa, en las estribaciones de la Sierra Nevada; que llevaba tres muertos y que estaba muy preocupado por uno de ellos. El comandante Santiago le preguntó que por qué, si todos los muertos preocupaban de igual manera. Él le respondió: así es, pero usted sabe que yo tenía bajo mi mando uno que nunca quise tener, precisamente, porque no quería asumir la responsabilidad con su familia, si algo le llegaba a pasar.



El comandante no entendía. Todo esto lo hablaban por un radio grande que sus escoltas habían instalado en el sitio. Dije: esos radios los traje yo. Eran de los que había comprado el comandante Mancuso en los Estados Unidos. Ellos no hicieron caso a mi comentario. Se notaba algo de confusión en la conversación. Yo escuchaba que le decía: acuérdesse el primo, el primo ¿se acuerda? En ese momento vi palidecer al comandante. Yo no sabía de qué se trataba. Él preguntó: y ¿dónde lo tienes? El otro respondió que lo había mandado a evacuar con dos muertos más, para El Difícil, Magdalena.

El comandante preguntó qué más novedades tenía. A lo que el otro le respondió que abandonaría el combate, pues la concentración era tanta, que si no lo hacía seguiría perdiendo gente y que ellos no habían podido hacerle daño al enemigo. También le explicó que los muertos habían caído en una emboscada donde tenían puestas unas minas y que, al paso de ellos, las habían activado.

El comandante lo autorizó para que abandonara el área del combate porque, como estaban las cosas, si se quedaban, todos estarían muertos al día siguiente, que era cuando podría hacerles llegar el apoyo. El comandante Santiago le dijo que ya salía para El Difícil; que él mismo se apersonaría de los cadáveres; y que compraría los cajones en Valledupar, para enviarles los cuerpos a los familiares.

Estaba muy preocupado puesto que él, personalmente, llevaría el cadáver de “el primo”; aunque pensaba que, esa familia más, que ninguna sabía que esas eran consecuencias de la guerra. Le dijo que de regreso lo visitaría para replantear todo.

Ordenó desconectar el radio y, enseguida, se cambió pues vestía su camuflado. Me comentó que en esas tropas había un comandante que le decían Costeño, quien era primo del Comandante Carlos Castaño. Ese era el muerto que tanto les preocupaba, pues no sabían cómo podían ser las reacciones de la familia. Santiago estaba menos preocupado y comentó: los Castaño ya han visto morir muchas personas de su familia en esta guerra; ellos saben que en la guerra no todos salen vivos, me voy a entregar ese cadáver.

Exclamaba que ese frente guerrillero era el que más golpe les había dado y que tendría que replantear su guerra porque no tenía la gente suficiente para adentrarse en la Sierra Nevada. Le recordé que yo le había advertido el año anterior al comandante Mancuso que la Sierra Nevada y el Perijá estaban llenas de guerrilla. Nos despedimos y le deseé suerte en su viaje.

Ya para esa época había incrementado mi grupo de seguridad. Para la guerrilla del Frente 6 de diciembre, yo había pasado a ser objetivo militar, porque de mí

ellos no volvieron a recibir ni un peso, nunca más les volví a colaborar ni volví a prestarme para nada.

Había conseguido, como muchos empresarios, permisos especiales para portar armas de largo alcance, expedidos por el Comando Operativo Número 7; las cuales sólo utilizaba para ir a la finca o para desplazarme cuando tenía que ir a hacer algún negocio de ganado por cualquier zona, siempre dentro del territorio de influencia de este Comando. Cabe anotar que siempre fui una persona muy cercana a las instituciones armadas.

Durante los primeros días de febrero, me dediqué a mis negocios. Tenía en mis planes conseguir un lote de 500 terneras de 1 a 1.5 años, todas tipo leche, para enviarlas a Córdoba, pues allí apenas empezaban a mirar este tipo de ganado. Como muy poca gente lo tenía se convertía en una opción muy rentable. Además, quien me las había encargado era el comandante Mancuso y yo proyectaba ganarme una buena plata en ese negocio, así que me dediqué a comprarlas.

Ya estaba acostumbrándome a que todo el mundo se hubiera dado cuenta de que había incrementado mi seguridad. Algunos amigos que me molestaban diciéndome que yo ya era un hombre de autodefensas; que ya andaba con más gente que el mismo

comandante; pero, así hemos sido siempre, a la hora de mamar gallo sobran los artistas.

En una de esas correrías donde me encontraba tratando de comprar 300 terneras de las que necesitaba, me demoré en concretar el negocio porque nadie quería vender animales de esa edad. Era, exactamente, el 10 de febrero del 1998, cuando viniendo de la región de Codazzi hacia Valledupar, en lo que conocemos como el INTRA, en la salida hacia La Paz estaba un retén que, normalmente, instalaba la policía en ese sitio. Era uno de los cuatro lugares donde siempre hacían retenes, eso si en el día, pues en la noche todo quedaba a merced de quien quisiera.

Allí me pidieron detenerme y, como de costumbre, pregunté quién estaba al frente del retén y pedí hablar con él. Recuerdo que era un teniente. Le expliqué quién era y lo que portaba mi seguridad, entregándole los papeles que me permitían cargar ese tipo de armamento. El teniente se puso muy nervioso. Yo le había pedido que, por favor, no me hiciera sacar el armamento delante de toda la gente que estaba allí, porque nos encontrábamos a la entrada de Maicao. Allí era usual encontrar dos y tres buses parqueados, mientras los registraban para ver si traían contrabando y poder arreglar con sus dueños.

El teniente se comunicó con su superior en el Departamento y éste que se encontraba en revista de

un superior, que había llegado desde Bogotá, ordenó que se nos trasladara al comando. Lo tomé como una rutina normal, pues no era la primera vez que eso pasaba; como tampoco era la primera vez que un retén de la autoridad me requería por el tipo de armas que portaba.

Al llegar al comando encontré que el sitio donde nos bajamos estaba lleno de periodistas, esperando a un grupo de autodefensas. A algunos de ellos los había conocido en mi época de funcionario público. Cuando se dieron cuenta de que era yo, me preguntaron dónde estaban los paracos. A lo que les respondí: ¿cuáles paracos? Aquí solamente estoy yo, con la seguridad que todo el mundo sabe que anda conmigo.

Enseguida nos quitaron las armas. Los periodistas ya se iban sin tomar fotos ni nada porque cuando se dieron cuenta de que era yo, todos se dispusieron a marcharse. Pero, resulta que colocaron todas las armas como en una mesa y empezaron a preparar bandera y todo. Ahí fue donde me percaté de que nada bueno estaba ocurriendo y pedí hablar con el comandante del Departamento quien tenía poco tiempo de haber llegado y, a quien, personalmente, no conocía todavía. Me negaron la petición y al poco rato vi que nos iban guiando hacía unos calabozos. Yo nunca me había dado cuenta de que allí existían, y con tanto que ese sitio me era familiar.

Enseguida empezaron las especulaciones. Mucha gente de la institución que conocía, y a la que más de una vez les había suministrado información con relación a las guerrillas, simplemente se limitaba a decirme, y eso en voz muy baja: son órdenes de arriba. Me acorde del señor que Carlos había logrado hacer llegar a San Juan para sacarnos cuando lo de Mancuso, pero no había nada qué hacer. Me habían incomunicado y no podía llamar a los comandantes Castaño o Mancuso, para ver si me podían ayudar.

Algunos de los periodistas llamaron a la familia y a los amigos y éstos empezaron a llegar. La policía no daba la cara; los amigos trataban de intervenir pero no había respuesta. Lo único que se logró fue que, ante la imposibilidad de pasar la noche allí, porque no había condiciones, fuésemos trasladados al Batallón La Popa, desde donde se nos hizo todo el proceso judicial.

El traslado lo hicieron a altas horas de la noche y, al día siguiente, el comando de policía no hacía sino hablar por los medios de comunicación sobre la captura del grupo de autodefensas del Cesar y diciendo que, con ello, quedaba desbaratada toda la organización. Esto me molestó mucho porque me daban ya un perfil de combatiente que todavía no tenía. No obstante mis tres combates anteriores a esta fecha, la preocupación era muy grande pues ahora la guerrilla sí enfilaría toda su fuerza contra mí o contra

mi familia. Sin embargo, la prensa, sobre todo local, dejaba ver su incredulidad en que nosotros fuéramos la cabeza de esa organización.

Al día siguiente pude, por intermedio de un teléfono que me prestó uno de los amigos que nos visitaba, hablar con el comandante Mancuso. Ya él sabía, pues el comandante Santiago se había enterado por alguien que lo llamó a contarle y, a su vez, éste le informó al superior. Él me preguntó cómo estaba, qué decían los abogados y qué pensaba yo. Le contesté todo. Me dijo que enviaría un abogado con un mensaje directo del comandante Castaño; que cuando hablara con el abogado lo llamara, que del teléfono del doctor lo podría hacer con confianza. Le dije que con gusto. Me dio mucho ánimo y me recordó lo de San Juan. Le di las gracias, pero me quedó la duda de si allá volvería ese señor. Sin embargo, como no me dio explicaciones, y mi problema era el porte de armas, yo no vi el problema, ya que todas tenían su permiso especial expedido por la autoridad competente.

El problema que sí veía, me lo causó la policía, al darme a mí esa connotación que todavía no tenía y que me crucificó ante la guerrilla. Ya me sentía hombre muerto. Como decían en mi tierra: ya podía comprar la lápida y el frac de caoba.

El proceso judicial comenzó al día siguiente. Abogados y fiscales eran el común denominador de ese día. A

todas éstas, yo había apartado 300 terneras del negocio en las fincas donde estuve. Les mandé a decir a los amigos que me las habían separado, que no se preocuparan, que el negocio seguía; que me dieran una semana para cancelárselas. Mi credibilidad en los negocios era respetada. Ambos me dijeron que no había problema; que cuando quisiera, las cargara y me las llevara; que no importaba si no se las había cancelado.

Les agradecí y les pedí un compás de espera, pues estaba seguro de que esto se solucionaría rápido. Las primeras diligencias judiciales se llevaron a cabo en el casino. Estando allí en espera de volver a ser llamado por los fiscales, se me acercó uno de los hombres que atendían y me preguntó que si me provocaba algo. Le contesté que no y me entregó un papel diciéndome que lo leyera que me lo enviaba un amigo.

Pensé que podía ser cualquiera de los oficiales que conocía. Al leerlo me di cuenta de que era del comandante Santiago, quien me explicaba que llegaría un abogado; que al verlo me extrañaría, pero que actuara normal y que lo escuchara porque me llevaba una razón de los comandantes Castaño y Mancuso.

En horas de la tarde se presentó el tal abogado, que no era otro que José María, el jefe de seguridad del Comandante Mancuso. Me sorprendió la pinta que llevaba pues nunca lo había visto así. Parecía, de



verdad, un abogado caribeño. Nos apartamos a un cuarto donde yo había dormido y allí me entregó el mensaje. Me dijo: vamos a sacarlo porque no hay otra vía y ya está todo listo. Le pregunté a José María que de qué se trataba y me dijo que tenían lista la manera de sacarme de allí, pero que solamente podría ir yo. Me explicó cómo sería la salida. No sabía mucho de esas cosas, pero me pareció muy viable.

Le dije que yo no aceptaría eso, que muchas gracias, pero que yo no saldría huyendo, que saldría legalmente porque no había qué temer. En ese momento él le marco al comandante Mancuso y me lo puso al teléfono. Me explicó que no se había podido hacer nada más; que esa era la única salida. Yo le volví a explicar cómo estaba el asunto jurídicamente, que habían oficiado al país para ver si tenía antecedentes o problemas en algún otro lado.

Me dijo que no me arriesgara, que me pasaría al comandante Castaño quien había estado muy pendiente de mi problema. Pasó, me saludó y me empezó a dar toda una explicación. Me dijo: mire si usted, con las relaciones de amistad que tiene y con los amigos políticos y militares que tiene, no ha podido hacer nada, no creo que salga por la vía jurídica. Agregó: Sé que le han dado un perfil que no le corresponde y eso no es gratis.

No entendí y se lo pregunté. Me dijo: usted cayó preso el día que Mancuso iba para la Guajira a la reunión y los soltaron, y ahora vuelve y cae usted. Ellos lo presentaron con ese perfil para mostrar resultados porque la vez de Mancuso lo que les interesaba era que él estuviera afuera. Pero, ahora, usted para ellos no es nadie. Tengo la información de que lo trasladarán para Bogotá.

¿Cómo así?, le pregunté y me dijo: ese es nuestro afán, sacarlo antes de que lo muevan para allá o antes de que las medidas de seguridad se doblen, porque todo está listo para hoy o a más tardar mañana. Piénselo rápido, allí queda el comandante Santiago que es quien tiene todo listo. Avíseme su determinación y ojalá piense con cabeza fría; usted no sale jurídicamente, en Bogotá se maneja ya su traslado porque van a hacer rueda de prensa con usted.

Yo no manejaba mucho este lenguaje y no podía estarle preguntando a cada rato qué significaba lo que me estaban diciendo. Colgamos porque me llamaron para que me presentara ante los fiscales. Le dije a José María que si podía volver en la noche, me explicó que él tenía entrada cuando quisiera.

El tema jurídico continuaba y los abogados daban parte de tranquilidad. Yo no había violado ninguna norma y todo estaba en orden. Era cuestión de tiempo

mientras llegaban los reportes que habían pedido de Bogotá. Pregunté que si había la posibilidad de ser trasladado a Bogotá. Me contestaron que no, a no ser que así lo requiriera la fiscalía. Pregunté que si me podía requerir la policía y me dijeron que sí, pero que ellos no veían por qué. Además, todo se estaba desarrollando como debería ser. Yo estaba pensando en las palabras del comandante Castaño.

Me retiré tranquilo y contento de la diligencia y más con lo que me decían los abogados. José María no volvió en la noche, pensé que algo le había pasado, pero al día siguiente como a las nueve de la mañana se presentó. Llegó acompañado de otra persona con corte militar, pero estaba de civil. Me llamó aparte y su acompañante se quedó a la entrada hablando con unos militares que salían en ese momento.

Me dijo: amigo, ¿qué ha pensado? porque ya todo está listo. Inclusive, le traigo al conductor para que lo conozca porque es él quien lo va a recoger. Tiene que ser hoy a las 8 de la noche, por tarde, si es que no es ahora a la una que es la hora boba. Le expresé que estaba muy agradecido con los comandantes y con él, pero que yo no me volaría, que saldría jurídicamente.

Me dijo: ¿está loco?, mañana lo mueven para Bogotá. Eso ya es un hecho y, por eso, el comandante Castaño quiere que sea ya o por tarde, esta noche. Llamó al Comandante Mancuso; él me dijo que la

determinación era mía, pero que tanto él como el comandante Castaño me querían ver afuera. Que si me llevaban para Bogotá, todo sería más difícil, pero que cada quien asumía sus decisiones. Les di las gracias. Yo estaba convencido de que esa no era la vía, quedé de llamarlos cuando estuviera afuera. Yo consideraba que eso sería en 24 horas como máximo y así fue. Al cuarto día todos salimos libres.

Llamé a los comandantes para darles la noticia. Ellos no lo creían, me dijeron: usted es muy de buenas o es que ¿tiene en Bogotá alguien más duro que nosotros? Me les reí y les contesté: la verdad y andar con todo en regla. Ahora los que se rieron fueron ellos y me preguntaron que si era una sátira. Les dije: No, es la realidad.

Como a los dos días de haber salido no aguantaba la presión. Mucha gente me decía que tenía que cuidarme porque me iban a matar. Se decía que la guerrilla ya sabía, por la radio y los medios, lo que había dicho la policía de mí. Me decían: tú sabes que acá en Valledupar cogen al que sea o lo matan, ¿qué haces tú escoltado y tu familia no?

Además, no me entregaron las armas ni los permisos que cargaba para ellas. De los escoltas que me había recomendado el comandante Santiago, todos querían regresar a los grupos, pues decían que en el monte no había representantes de la ley, en cambio andando por

todos lados terminarían presos. Los dos escoltas que me habían acompañado desde hacía 2 años, me habían dejado porque prefirieron empuñaron el fusil de las autodefensas.

Las pocas veces que me acompañaron y oyeron hablar a los comandantes fueron suficientes para que ellos se enfilaran en las tropas de la resistencia. El Frente 6 de diciembre me había dejado un ultimátum en la finca; varios de mis trabajadores de confianza pasaron su renuncia y no querían ni el preaviso sino irse ya. El comandante Santiago me daba su respaldo, pero, igual, me decía que la ciudad era diferente y que a mí me conocía mucha gente; en fin, fue tanta mi angustia y el temor de sentir que yo sería el próximo muerto, que llamé al comandante Mancuso y le dije que si podía ir a visitarlo. Cuando gustó: me dijo. Al día siguiente salí hacia donde el comandante Mancuso me había indicado que llegara y que si no estaba, lo esperara porque estaba bastante retirado.

Estuve dos días reunido con él analizando mis apreciaciones, yo cada día mas decidido a empuñar el fusil directamente, me contesto el comandante Mancuso esa bendición así yo te la quiera dar no puedo, pues el comandante castaño piensa que tu puedes servir más de afuera que de adentro, visitémoslo. Nos fuimos para el campamento que el comandante Castaño tenía en el Diamante.

Allí dure 8 días con ambos. El comandante Castaño insistía en que no, mis explicaciones se resumían en que si seguía como andaba sería hombre muerto. Ese era mi más fuerte argumento. El comandante insistía que si era por seguridad, él me pondría la gente que yo quisiera. El comandante Mancuso se limitaba a decir que eso lo resolviéramos entre Carlos y yo, porque él trataría de ser imparcial; aunque era un hecho que me quería con él en el Bloque Norte. Decía que yo tenía algo que a él le gustaba y era el deseo de ganar la guerra.

El comandante Castaño me dijo que si había pensado en que tendría que abandonar a mi familia. Le respondí: ¿de qué le sirvo a mi familia si estoy muerto? Me dijo: pero en la guerra puedes morir. Le respondí que prefería morir por defender mi región que sentirme muerto en vida, solo viendo, como unos pocos la acaban todos los días.

Me dijo: usted es un político, que habla como guerrero. Yo le respondí, sólo soy el hombre que sufre como suyo el dolor de todos. Se dirigió al comandante Mancuso diciéndole: no hay nada que hacer con este Vallenato, es más autodefensa que nosotros. Es todo suyo. El comandante Mancuso me dijo: Bienvenido al Bloque Norte.

Empecé a formarme como un combatiente de las autodefensas, y como un hombre del bloque Norte,

con mis instructores los comandantes Castaño, Mancuso y Rodrigo 00. Fueron dos meses muy fuertes, pero mi convicción y mis ansias de libertad vencían el cansancio y la falta que, para entonces, me empezaron hacer mis hijos. El comandante Mancuso llamó al comandante Santiago para informarle que yo entraría al Bloque Norte y que tomaría la región del Magdalena donde estaba el Comandante Baltasar.

Ésta había sido una petición mía al comandante, porque quería estar por una zona diferente a mi tierra. Pensaba que entre más se demorara la gente en saber que estaba metido de lleno en la guerra, mayor margen de maniobrabilidad tendría, pues en el Magdalena y en la zona donde me ubicaría, era muy poca la gente que me conocía. Entonces podría dedicarme de frente a la recuperación de una zona que apenas el comandante Santiago había empezado a trabajar. Fue en ese momento cuando recibía mis instrucciones, que me dijeron cuál sería mi nombre de guerra: allí nació JORGE- 40.

Con el comandante Mancuso, con quien ante todo había una amistad y una coincidencia ideológica muy grande, nos hicimos una promesa: no descansaríamos hasta liberar la costa de la opresión a la que la tenían sometida los nuevos Estados guerrilleros. Si uno de los dos moría en la guerra, el otro seguiría hasta el final. Mi tiempo, a partir de ese momento, fue dedicado totalmente a la causa de la resistencia civil. Empezó

en esos momentos, entonces, el diseño de lo que sería el BLOQUE NORTE.